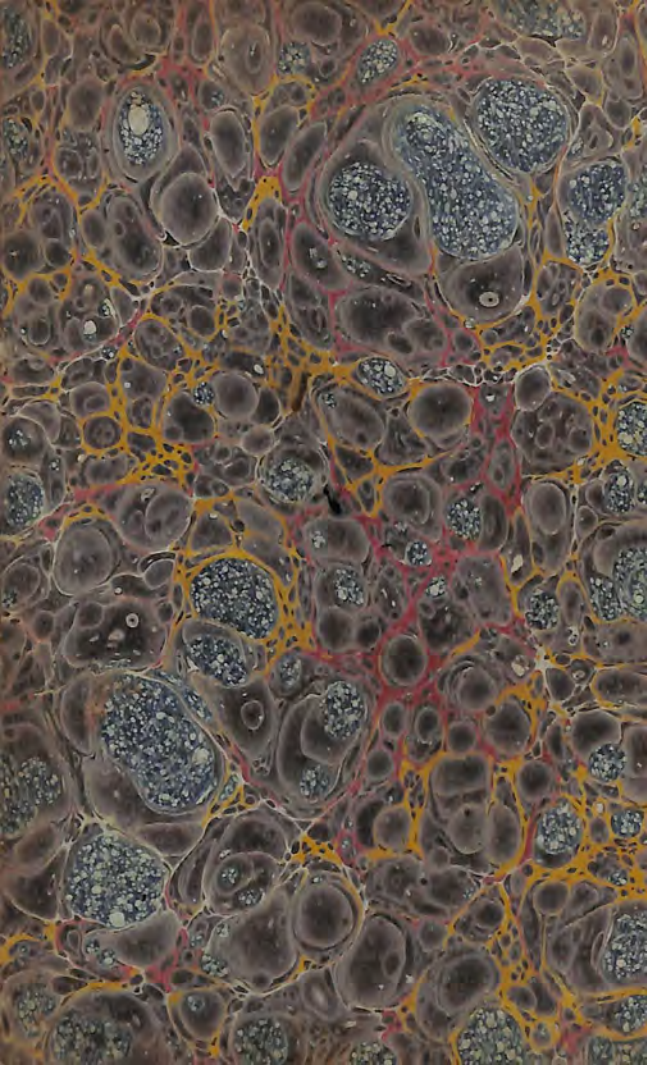


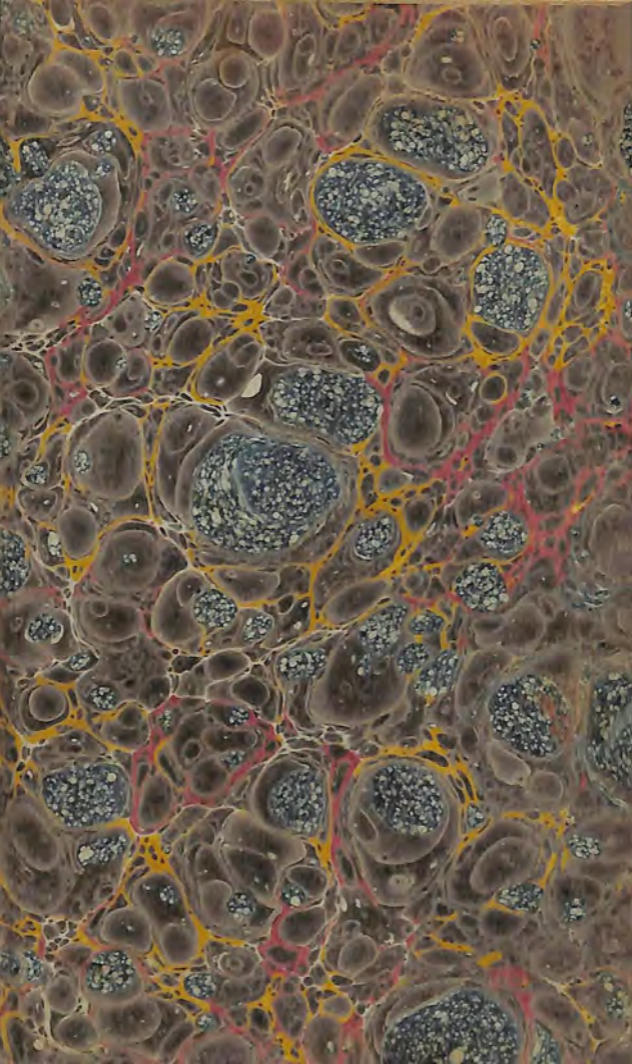
CLARA

ALHEIDA











Y apernas llega cuando llega
a penas.

Flores con alas
o raras hechas
con plumas.

CLARA
DE ALMEIDA.

Paris. — Imprenta de Everat.

CLARA
DE ALMEIDA,

HISTORIA DE NUESTROS TIEMPOS,

SACADA DE LAS ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA
DE LA SEÑORA MARISCALA JUNOT,

(Duquesa de Abrantes.)

POR

D. Francisco Javier Maeztu.

TOMO I.

Agustín Valdés

Paris, el 1 de Julio de 1850

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

—
1856.

LIBRARY

ACADEMIA

INSTITUTION

OF THE

SCIENCE

OF THE

OF THE

TOME I

Handwritten signature

Handwritten signature

LIBR

OF THE

OF THE

CLARA DE ALMEIDA

Dulces son los recuerdos que conservamos de un hombre cuya amistad inspiraba orgullo, y cuyo gracioso ingenio ejercía un atractivo irresistible en cuantos le conocían. Yo le amaba sinceramente, y él, por su parte, me profesaba un verdadero afecto. Este hombre que pertenecía á la primera nobleza de Europa, era Don Al

fonso Piñateli, de la casa de los Fuentes. Su hermano, el conde Armando de Fuentes, murió miserablemente en Zaragoza, á poco de haber sido tomada la ciudad, á pesar de todos los cuidados que le prodigó el duque de A.... que lo queria como hermano. El conde de Fuentes era bueno, leal, dulce y constante; pero estaba muy lejos de tener el mérito de Don Alfonso, cuyo talento distinguido lo hacia uno de los hombres mas notables de la alta sociedad de Paris. Don Alfonso era uno de aquellos hombres, cuya amistad, una vez conseguida, se siente mucho perder, porque no es facil hallar quien ocupe su lugar.

Tenia en Madrid una hermosísima casa : esta casa dispuesta por un hombre de buen gusto y de tino (porque es necesario

tenerlo, para disponer y ordenar como conviene un interior), era la habitacion mas cómoda, y al mismo tiempo mas agradable de Madrid. En el momento que supo mi salida para Portugal, que me detendria en Madrid, y que seria presentado á la corte de España, quiso absolutamente que me alojara en su casa : y como se hallaba á la sazón en Paris, y no habia motivo para creer que debiese volver á Madrid durante mi permanencia en aquella capital, acepté su oferta, y fui á apearme á su hermosa habitacion de la calle del Clavel.

Es necesario haber conocido la España de que hablo... la España... antes que los Franceses hubiesen introducido en ella el azote de la guerra y el de una civilizacion prematura, para poder apreciar todo el encanto de la casa de Don Alfonso. Se reu-

nian en ella la comodidad inglesa, la magnificencia española, y el buen gusto francés; empleado todo para debilitar y destruir los inconvenientes del clima y aun los de la misma nacion. No puedo acordarme tampoco sin gratitud de todas sus atenciones, y del esmero con que habia procurado adivinar mis deseos, prevenir mis gustos conocidos de él, y satisfacer las necesidades de esa segunda naturaleza que llaman costumbre, y que tal vez es mas imperiosa que la naturaleza misma. Toda la casa era un jardin de flores, y una gran parte de ella estaba entapizada con alfombras elásticas que cubrian las losas de marmol, en lugar de esteras de junco de América: solamente la España produce los aromas fragrantés y exquisitos que perfumaban el ambiente de aquella deliciosa

morada ; en una palabra, allí se encontraba todo lo que podia completar los encantos de una habitacion, donde la sencillez se hermanaba con la magnificencia.

Así siempre que pasaba despues por Madrid, me alojaba en casa de Don Alfonso, quien se hubiera disgustado si no lo hubiese hecho.

Un dia, al apear-me de mi *coche de coladeras*, fuí agradablemente sorprendida al verme recibida por él, que se presentó á cumplir en persona con los deberes de la hospitalidad. En aquella época, sufría ya demasiado... su palidez me consternó.

—¿Qué tiene vm.? le dije cuando estuvimos solos... yo no sé qué hay en las miradas, en la voz de vm. que me aflije..... ¿Qué quiere decir esa melancolia?... ¿Se ha desbaratado la boda? Don Alfonso se

sonrió tristemente meneando la cabeza, y mi marido respondió por él :

—¿No sabes que se alegraría de eso?... El viento sopla por otro lado. Nuestro noble huésped nada dijo; pero se aumentó su palidez... su frente se frunció, y sus facciones se contrajeron... Esto bastó para que yo no insistiese; pero lo observé con la atención propia de la amistad, y no pude menos de convencerme de que lo afligía una pena viva y profunda. Noté además que pasaba el tiempo en una indolente ociosidad. Su vida empero estaba cubierta de ese velo lúgubre, se hundía en esa languidez inerte, que son los síntomas de un corazón llagado. Propúseme distraerle, y como mi amistad me daba el derecho de imponerle condiciones, cuyo cumplimiento entretiene y divierte, sin hacer reír con

los ojos llenos de lágrimas, costóme poco conseguir el intento que me habia propuesto... Don Alfonso se reconcilió con el gusto de vivir. Halagóle en efecto mi plan, y se fué acomodando poco á poco con la existencia. Todas las mañanas le rogábamos mi marido y yo que nos acompañara para enseñarnos los alrededores de Madrid ó sus hermosos edificios, luego á que accedia con agrado, y que no tardó en prevenir por sí mismo. Su ayuda de cámara al ir á saber como habia pasado yo la noche, me preguntaba cual era el plan y cuales mis órdenes para el dia, á fin de que prepararan sus caballos de montar, que eran los mas hermosos de Madrid, ó su berlina estuviese pronta para nuestro paseo.

Un dia quisimos ver el Escorial, que yo no conocia sino imperfectamente, porque

cuando lo habia visitado por primera vez, se hallaba en él la corte. Quería contemplar aquel monumento extraordinario con toda su austeridad monacal; pero el camino era demasiado largo para un paseo, y podia pasar por un viaje. Don Alfonso me advirtió que era necesario destinar tres dias por lo menos á nuestra expedicion. Tenia una casa en el pueblo de Guadarrama, como en los *sitios* reales suelen tenerla todos los grandes de España ricos. Solo me pidió licencia para hacer avisar á sus gentes, y marchamos en una pequeña berlina alemana que habia yo llevado de Baviera, y corria como una flecha por el hermoso camino de Madrid al Escorial. Antes de salir habiamos pedido permiso para penetrar en lo interior, y hacer levantar *la clausura*, permiso que el inquisidor-gene-

ral concede pocas veces, sobre todo á las mugeres; pero en esa época la Francia era poderosa, y lo conseguia todo con solo insinuarse. Mi marido no pudo venir, por lo que marché yo sola con Don Alfonso.

Saliendo de Madrid por el Escorial, se sigue un camino admirablemente hermoso, costeadó por el Manzanares, y es esta circunstancia tanto mas de apreciar, cuanto que no se descubre otra verdura que pueda recrear la vista en los alrededores de Madrid.

La atraviesa una parte de los bosques del real sitio del Pardo; esta porcion del camino es verdaderamente encantadora; los ciervos y los gamos salen retozando en manadas hasta el borde del camino, que es siempre hermoso, bien cuidado y escueto; pero cuando se pasa el Manzanares por el

puente de piedra en donde están colocadas las estatuas de santa Bárbara y san Fernando, no se vé mas que un terreno inculto, y una comarca desierta y árida. No está mas que á dos leguas del monasterio de ese edificio sorprendente sin duda, pero que los Españoles, siempre vanos de lo que poseen, llaman la *única maravilla del mundo*, y los mas modestos, la octava. Descúbrese á larga distancia : su masa imponente aparece en una cañada sombría, en donde la indole feroz de su fundador está esculpida. Se sabe que su construccion fué el resultado de un voto de Felipe II, el dia de la batalla de San-Quintin, en que no se hallaba, pero que deseaba ganar. Se ganó en efecto la batalla ; las armas españolas quedaron vencedoras, y Felipe cumplió su voto.

El terreno que elijió para colocar el Escorial da una fiel traduccion de su caracter tétrico y austero : ; nada hay mas estéril y desierto que la comarca que rodea este real monasterio, este hermoso monumento que revela el miedo de un gran rey!... Quanto circunda el Escorial es melancólico y sepulcral; los ojos no encuentran sino una soledad, cuya primera impresion no se ha podido jamas destruir en mí, por mas que la haya visto en sus dias de fiesta, cuando el eco de las trompas de caza resonaba á lo lejos en los bosques, y cuando la alegría, y aun la alegría del corazon me ayudaba á engalanar el paisaje con los encantos que el alma tanto apetece mientras es feliz.

No sé quien ha dicho que el Escorial era la imagen de una grande ciudad. Esto es muy

exacto ; se ve allí el palacio de un gran soberano, una multitud de hombres suficiente para poblar la parte mas considerable del Africa, un colejio, una de las mas hermosas bibliotecas del mundo, tiendas donde se juntan todos los oficios y todas las artes, tesoros inmensos, mayor cantidad de piedras preciosas que pueden dar hoy las minas de Golconda, un parque de muchas leguas de extension, hermosos jardines, fábricas de estilo raro y notable, y soberbios paseos. Añádanse á todo esto muchas iglesias, y el panteon de los reyes del pais, y se hallará en el Escorial un monumento único en el mundo. Se ven tambien hermosos palacios erigidos por la magnificencia de los soberanos ; pero el Escorial no tiene copia, ni puede tenerla jamas.

Tiene la forma de un cuadrilongo cons-

truido de piedra de granito sacada de las montañas vecinas, y cuyo color ceniciento y algo negro da mayor realce á la austeridad de su arquitectura. La primera impresion que produce su vista es extraña, impresion que no emana del silencio, porque nada está allí en paz, sino que se enlaza con ideas de muerte que se apoderan exclusivamente del corazon al aproximarse á sus negras murallas.

Estaba ya para ponerse el sol cuando llegamos delante de su magnífica portada, cubria la sombra la basa del edificio, y el monasterio, envuelto así en las primeras tinieblas de la noche, presentaba un aspecto casi siniestro; su mole inmensa parecia un sepulcro, y esta primera vista produjo en mí una impresion en que se mezclaba no sé qué de terror y admiracion; por todas

partes se percibe una grande hermosura ; pero el triste asombro que inspira maravilla tan singular, domina los demas sentimientos... Casi se tiene miedo.

La fachada principal presenta tres puertas á igual distancia una de otra, la de en medio que conduce tan solamente á la iglesia, está adornada de ocho columnas de orden dórico, colocadas sobre un pedestal. A estas están sobre puestas cuatro columnas de orden jónico ; en medio de la cornisa que separa los dos órdenes se ve una piedra de una magnitud inmensa, traída de Arabia, segun dice Colmenár, sobre la cual están grabadas las armas de España. Encima del gran portál hay una magnífica estatua de san Lorenzo, patron del monasterio, de diez y seis pies de altura. Las manos y la cabeza son de marmol. Esta obra es

una de las mejores de Juan Bautista Monegro. Pero cuéntese, entre lo que mas atónita deja la imaginacion al entrar en el Escorial, la fachada exterior principal de la iglesia. Los ocho reyes de Israel, que coronan con sus estatuas gigantescas la cornisa del portal de la iglesia, me han causado siempre una impresion profunda. Contienen una poesia métrica que yo no puedo expresar, y que sin embargo produce un efecto mágico. Los dos reyes del centro, David y Salomon son, segun dicen, Felipe segundo y su padre; soldado el uno, y político el otro. Los cuatro reyes que siguen son : Manasès, Josías, Ezequias y Josafat. Debajo de cada uno de ellos se lee su nombre, grabado con una inscripcion latina. Solo me acuerdo de las de Salomon y David. La primera dice solamente estas pala-

bras : *Templum domino edificatum dedicavit... Y la de David.... Operis exemplar á Domino recepit.*

Los claustros del Escorial y su iglesia son las cosas mas notables que hay que ver allí por su singularidad, como tambien el panteon en que se entierran los reyes de España. Apenas salí de la iglesia en tres dias consecutivos, que emplee en recorrer continuamente los claustros exteriores, mientras que daba descanso á la viva admiracion que me causaban todas las maravillas de la iglesia. Los claustros del Escorial son únicos en el mundo.

La iglesia, segun dicen, esta hecha por el modelo de san Pedro de Roma, su arquitectura es dórica, y su forma la de una cruz griega... Tiene tres naves perfectamente distintas y divididas por cuatro pi-

lares enormes. En medio de las naves se ve la cúpula, dechado admirable. La iglesia tiene casi cuatrocientos pies de larga y trescientos de ancha. Cuando se entra en este edificio, se ve de lleno su severa belleza. Preséntase de golpe por entero con toda su grave magnificencia, mandando al hombre admirarlo, y uno de sus mayores portentos es este mismo mandato.

Cuando me arrodillaba delante del altar mayor, se me figuraba que mi oracion tenia un caracter mas solemne. ¡A cuantas impresiones no estamos sujetos! ¡Cuan miserablemente subordinadas están nuestras facultades á los sitios, y á las cosas mas groseramente materiales! ¡Qué sátira tan cruel de la especie humana! Es empero demasiado cierto, que así somos esclavos de cuanto nos rodea. ¡Cuan perentoria-

mente establecida se encuentra esta costumbre en todo lo que tiene relacion con la vida habitual, y con la vida del alma. Somos los súbditos del primer cetro que quiere conquistarnos; y nuestro espíritu, esta parte de nosotros mismos, que tanto nos ensoberbece, y que nos aproxima á Dios, sí, esta noble parte del hombre cede á un acento armonioso, á un perfume que nos recuerda fragancias amadas á la memoria de la palabra mas indiferente; palpita el corazon á vista de un bien que le es desconocido, y domina y avasalla desde luego la imaginacion.

El tabernáculo del altar principal me causaba sobre todo una profunda admiracion.

No se fundaba ciertamente en su riqueza fantástica, en sus columnas con chapiteles

de oro esmaltado, con metofas embutidas de esmeraldas, sus puertas de cristal de roca. Sus goznes de oro puro. ¡No!... toda esa magnificencia por otra parte se eclipsaba ante el resplandor de la divinidad que allí se encierra; pero se encuentra bajo aquel orden una regularidad que parece haber dirigido la misma mano de Dios; se reza con cierto pavor misterioso, porque al alzar la vista, se teme el ver aparecer al Señor en lo alto de su morada resplandeciente, morada en donde la sangre del justo aun corre por la paz y la salud de los fieles.

La impresion de este lugar ha quedado tan grabada en el fondo de mi alma, que ni el tiempo ni la distancia la han podido borrar.

Tambien es necesario pasar una gran

parte del tiempo destinado á ver el Escorial, contemplando las obras maestras de Rafael que se hallan en él; porque no hay nada que se pueda comparar con esas maravillas del talento.

Allí ostenta Rafael toda su gloria; allí resultan la nobleza de su ingenio, su dulzura y la terneza apasionada de su alma, allí en fin es menester amarlo, y admirarlo al mismo tiempo. Hay empero cuadros que merecen cierta preferencia. No hablo de la perla que es un modelo acabado, pero no es mas que uno; la virgen del Pesch está en la misma linea de admiracion; es mucho sin duda; pero hay al mismo tiempo una produccion sublime que hace inclinar la cabeza ante su perfeccion, y que arranca lágrimas por la sublimidad de su correccion: animala el alma de la poesia, el alma

del arte , alma de fuego y de sensibilidad perfecta, guiada por la llama del mas luminoso ingenio. Hablo del famoso cuadro conocido en Europa bajo el nombre *dello Spassimo*, y á que dan los Españoles la denominacion del *Pasmo* de Sicilia.

Jesus está representado caído , aunque sin abatimiento; con todo parece abrumado bajo el peso de la cruz y por el exceso de la fatiga : es Dios, pero tambien es una criatura humana, contraste tan bien entendido como expresado. Hay en la cabeza de Jesucristo una sublimidad de expresion infame; la palabra no alcanza á describir tales prodigios : la mirada del Hombre-Dios es una llama celeste; creese oirlo hablar cuando se mira, parece al contemplarlo que aquella boca entreañerta profiere las divinas palabras del discipulo predilecto del

Evangelio. La figura que representa la virgen es en extremo bella, está arrodillada, y se advierte que sus fuerzas desfallecen entre las lágrimas y las plegarias : la madre de Jesus tiende sus trémulas manos hácia los soldados , para moverlos á compasion. El ademan de Cristo es la verdadera actitud de un Dios. Es forzoso CREER , rendirse á la fe , al ver una obra que solamente puede haber inspirado la divinidad. Jesus es admirable : su mano izquierda está apoyada en una piedra , y los pliegues de la manga de su túnica siguen los movimientos de la caída. Todos estos pormenores son interesantísimos , y provocan la tierna admiracion que yo misma he experimentado. El Salvador sostiene con la mano derecha la cruz , como para oponerse al soldado que le quiere ayudar , pareciendo

que debe llevar solo el símbolo de la redencion : no puede expresarse mas maravillosamente una idea tan profunda, siendo lo mas bello y lo mas elevado del ingenio de Rafael el haber entendido y hacer entender : ¡que Jesucristo no ha sufrido, sino por haber querido sufrir!

Los accesorios son dignos del asunto principal : así la postura, ademanes y gestos de los soldados, sobre todo de la Magdalena, son un dechado de perfeccion. ¡Qué hermosa es aquella muger ! ¡ Con qué amor lloran sus ojos ! ¡ Cómo se ven salir palabras de consuelo de sus labios ! y con todo, aquel rostro penetrado de dolor brilla de contento y de felicidad, porque el Señor ha revelado el porvenir á esa muger de alma amorosa, de alma tierna y de sentimientos generosos y nobles, y ese porvenir

es una vida futura que empieza en el momento terrible que se acerca; vida que le asegura una eternidad de delicias, con la contemplacion del que adora su corazon. ¿Qué puede hacerla llorar en la tierra donde solo pueden acongojarla los tormentos que padece el cuerpo de su Señor? Todo eso está pintado en el rostro pálido y afligido que ilumina la gloria del amor celestial, al hablar á Jesus. Este cuadro es verdaderamente admirable.

Yo solia ir largo tiempo á contemplarlo y á quedarme olvidada de mí misma con tan bello portento : ¡ me parecia que todas mis penas se desvanecian á la vista del martirio del Salvador! Lloraba y pedia perdón á Dios, porque mis penas eran de otra clase que las suyas. Es imposible describir lo que yo he padecido delante de aquel cuadro.

Un dia que me habia detenido mas tiempo que el que acostumbraba en la celda del prior, en donde habia merendado, quise, antes de volver á Guadarrama, ver otra vez mi cuadro predilecto y rezar mis devociones; ¡ me parecia que lo hacia con mas uncion delante de aquella imagen tan sublime de mi Salvador ! Don Alfonso quiso acompañarme, pero no lo consentí; él se quedó en los claustros grandes, y yo me encaminé sola hácia el Pasmó que estaba entonces colocado en la capilla de la Virgen, cerca del altar en que se veneran las reliquias de san Lorenzo.

El sol se habia puesto; las sombras de la noche se precipitaban á lo largo de los inmensos pilares, y yo me adelantaba, penetrada de cierto pavor místico, bajo las bóvedas desiertas cuyo silencio interrumpian

los ecos sonoros de mis pisadas: Llegué á la capilla de la Virgen sin haber encontrado alma viva, y me hiqué de rodillas delante del cuadro.

Apenas habia hecho la señal de la cruz, cuando me apercibí que no estaba yo sola en la capilla : aunque á nadie veia, se me antojaba que se oia en el mismo recinto el ruido confuso de sollozos y suspiros. Yo me asusté, y levantando mi mantilla, miré alrededor de mí : al principio nada apercibí, pero al favor de una llamarada algo mas viva de la lámpara de plata que arde á los pies de la estatua de nuestra Señora, descubrí á un hombre en el ángulo mas oscuro de la capilla, el cual en el éxtasis de su oracion nada veia de cuanto lo rodeaba.

El hombre que oraba era un monge de

la abadía, como manifestaba su hábito. Estaba envuelto en su manto negro, y tenía la capucha calada hasta los ojos, de suerte que no me dejaba verle el rostro : puesto de rodillas en una losa, con la cabeza inclinada y enteramente escondida en su capucha, parecía acosado por el sueño ó abatido por la fatiga que había rendido su cuerpo... Sus dos manos descansaban sobre sus rodillas y tenían un rosario de palo de Aquila, cuyas cuentas negras como el ébano realzaban la blancura de un cutis que cubría las manos mas perfectas.

Sorprendióme aquella aparicion ; había en este encuentro misterioso una especie de encanto extraordinario que agitaba mi fantasía naturalmente romanesca : el hombre que oraba de aquel modo, en tanta soledad y con tanta afliccion, me pareció un

ser nuevo, y de naturaleza diferente de la nuestra. Yo seguí también rezando; pero confieso que mis oraciones no fueron ya tan recogidas; causábame pesadumbre el dolor que había llevado á la capilla, y no recibía el pronto alivio que siempre había conseguido contemplando el divino retablo.

— ¡Dios mio! exclamé yo en voz alta, ¡Dios mio! tened misericordia de mí!...

Al sonido de mi voz, el religioso se volvió con presteza, y en aquel movimiento, habiéndose descompuesto su capilla, me dejó ver un semblante noble y bello; pero nada me recordaba en él la fisonomía de un Español, pues tenía mas bien la de un habitante del Norte. Su aspecto era singular, y me sorprendió, no solamente porque ofreció á mi vista el semblante notable

y elegante de un hombre de rango bajo aquellos hábitos religiosos, sino porque su rostro tenia una expresion verdaderamente admirable.

El monge no pareció apercibirse de que se le habia caido la capilla; y, despues de haberme echado una rápida ojeada, volvió á orar, bien que pasando su rosario, que sin duda habia olvidado en su éxtasis, y haciendo susurrar el murmullo monótono de su rezo. Examinélo entonces con curiosa atencion, aprovechando aquella coyuntura.

Parecia alto, delgado, y en los pocos movimientos que hacia, manifestaba cierta elegancia; era rubio, su frente era elevada, manantial fecundo de grandes pensamientos; su nariz ligeramente acaballada daba á su semblante ese aire delicado

que tanto realza el rostro, cuando no degenera en aspecto de malicia y aspereza. La boca tan bien hecha como la nariz estaba abierta con un corte gracioso; en general se notaba en todas sus facciones una armonía que rara vez se encuentra en el conjunto de la cabeza; estaba con los ojos bajos: yo hubiera querido que los hubiese levantado para ver sus miradas; pero tal era su inmovilidad, que hubiera podido créersele hundido en un letargo; solo pude notar que apretaba el rosario con las manos; y también sorprendí las lágrimas que alguna vez corrían por sus pálidas mejillas; aquel llanto me acongojó: ¿Por qué llorará este religioso? me decía yo. Y de tal manera se preocupó mi imaginación que yo misma me confundía, siendo tanto el poder del secreto impulso que me arras-

traba, que ya habia entrado la noche, y aun no me habia levantado del sitio donde me habia arrodillado al entrar en la capilla. Oyéronse de repente pasos precipitados bajo las bóvedas de la nave, y mi nombre repetido por Don Alfonso me advirtió la inquietud que mi ausencia habia debido causar. Venia acompañado del hermano Enriquez con una lámpara que me ayudó á ver perfectamente la cara del religioso : él se estremeció, y con un movimiento rápido se caló la capilla.

— ¡ Dios mio ! con qué cuidado me ha tenido vm., me dijo Don Alfonso á media voz, despues de haberse arrodillado delante de la Virgen, y haberse santiguado piadosamente, aunque no era devoto ; pero en España es costumbre.

— ¿ A qué viene prolongar de ese modo

la devocion? añadió mirándome con interés y tomándome la mano : el aire de estas bóvedas es mortalmente húmedo... y va á hacerle á vm. daño. ¿Por qué quiere vm. ponerse mala?

El monge volvió á estremecerse. La voz de Don Alfonso hizo en él una impresion vivísima, pues se levantó, y despues de haber hecho una profunda reverencia á Nuestra Señora, y otra aun mas humilde al cuadro del Pasma, se dirigió á la puerta de la capilla. Erale forzoso pasar por entre Don Alfonso y yo; el lugar era estrecho, sin embargo el religioso intentó atravesar; la lámpara que tenia el hermano Enriquez iluminó de lleno el rostro del solitario, y Don Alfonso, que lo habia mirado por un movimiento de simple curiosidad, dió un grito al reconocerlo.

— ¡Don Luis! exclamó queriendo volverse; mas, reprimido este movimiento involuntario, se fué al religioso, y asiéndolo entre sus brazos, lo apretó con fuerza contra su pecho.

— Te entiendo, dijo el religioso en voz baja, estrechando tambien á Don Alfonso en señal de amistad... Sí, te entiendo y te perdono.

— ¡Oh! sí, ¡perdon! ¡perdon! decia Don Alfonso con una voz interrumpida con sollozos.

— ¿Qué debe vm. pensar? me dijo Don Alfonso, separando suavemente al religioso é inclinándose hácia mí; á vm. es á quien yo debo pedir perdon; pero si estuviese vm. enterada de todo, seria sin duda muy indulgente conmigo por la extraña conducta que acabo de observar.

— Jamás acuso sin conocimiento de causa, respondí á Don Alfonso; y á buen seguro que en caso de incertidumbre no acertaría á pensar desventajosamente de vm.

Durante este tiempo me habia levantado, y me preparaba para salir. Don Alfonso no se ocupó mas de sus excusas, y se volvió hácia el religioso.

— ¿Cómo es el hallarte aqui, Luis? le preguntó en voz baja. ¿Cómo? ¿qué debo yo pensar?

— Nada que sea ofensivo, respondió el monge; pero ¿Cómo te hallas tú en el Escorial, habiendo marchado la corte? ¿Te has casado por ventura?

Hizo esta pregunta con una expresion tan extraordinaria, que me hizo estremecer.

— ¡Casado! repitió Don Alfonso; no, la señora es la señora duquesa de A..... una amiga, una hermana mia... Pero si no estoy casado, pronto lo estaré... Es un negocio que debe concluirse de aquí al invierno próximo.

— ¡Tú, casarte! exclamó el monge; ¡casarte! repitió con una expresion tan particular que casi me causó miedo.

Nada respondió Don Alfonso, pero apretó la mano del monge, y le dijo :

— Yo quiero hablarte... verte con una poca mas libertad que aquí... ¿Te se ve en el locutorio?

— Perfectamente... mañana á eso de medio dia, si estás desocupado, yo tambien me alegraré de verte y hablarte.

Tomó la mano de Don Alfonso, y habiéndola apretado, se caló de nuevo su ca-

pilla cubriendo su rostro pálido, y se alejó á pasos lentos.

Lo observamos algun tiempo que caminaba como una sombra entre los pilares bajo aquellas bóvedas oscuras... pero de repente desapareció y se perdió en la tenebrosa oscuridad del gran portal.

—¿Quién es ese hombre? pregunté yo luego á Don Alfonso; ha excitado al mas alto grado mi curiosidad... ¿Lo conocem.?

Don Alfonso no me respondió; estaba apoyado contra la reja de la capilla, y seguia aun con la vista al monje que no podia ya ver. Yo le repetí mi pregunta.

—Sí, ciertamente, lo conozco, respondió Don Alfonso; lo conozco desde mi infancia; nos hemos criado juntos; pero no estaba solo, se hallaba entonces acompañado de su primo hermano Don Fernan-

do, marqués de Benavente. ¡Cuanto se amaban ambos!... ¡Qué terneza tan pura y santa se profesaban! ¡qué afecto!... He visto la ventura... He visto la desdicha de estos dos infelices...

—Demasiado me ha dicho vm. para no enterarme de todo, le dije entonces; por cuanto vm. mas ame, le suplico que me cuente esa aventura.

—Pero ¿quién le ha dicho á vm. que haya en eso una aventura? me dijo Don Alfonso con una sonrisa melancólica.

—Yo que lo veo... Alfonso, se lo suplico á vm., cuénteme vm. esa *aventura* en la que me parece además que ha representado vm. su papel.

— ¡Pues he ahí como vm. se equivoca! yo no he representado papel alguno... solamente he sido amante apasionado de la

marquesa de... era mi primer amor; la amé cuanto me era permitido amarla, pero sin correspondencia por su parte... ¡No hubiera padecido tanto desde mi vuelta á Madrid, si no hubiese sabido su desgracia con sus horribles pormenores!... Sí, le contaré á vm. ese drama horroroso, y su alma de vm. tan buena y tan bella comprenderá cuanto he debido yo sufrir, al saber lo que me han manifestado y que saben muy pocas personas.

Al salir del cancel de la puerta principal, hallamos la carretela de que nos serviamos en aquellas montañas, y nos volvimos á Guadarrama. Don Alfonso me cumplió su palabra, y en la misma noche me contó la historia que va á leerse, mientras que tomábamos el té, y podíamos mirar con un interés mas vivo que la vispera, las ceni-

cientas y sólidas murallas que encerraban un corazón quebrantado y mortalmente herido : yo voy á contarla sin que él tome parte en la narracion.

Don Fernando, marqués de Benavente, era joven y hermoso, pertenecía á una familia ilustre, y poseia una inmensa fortuna. Se habia educado en la universidad de Salamanca, y, cuando hubo concluido sus primeros estudios, viajó por la Europa con su ayo, y no volvió á España, hasta que llegó á ser uno de los jóvenes mas elegantes en sus modales, uno de los hombres mas completamente notables entre los que como él eran grandes señores, tenian un nombre ilustre y poseian muchos bienes. No habia hecho solo el largo viage, en

que se habia perfeccionado lejos de su patria; desde su primera infancia, habia tenido por compañero de sus diversiones y de sus estudios á Don Luis de Benavente, su primo hermano, igual á él en fortuna, y así por su nombre como por sus demas circunstancias, digno de ser lo que era : el hermano predilecto de Don Fernando.

Cuanto se puede decir de mas exaltado acerca de la amistad, de mas tierno, de mas apasionado, se hallaba justificado por la aficion que Don Fernando y Don Luis se profesaban mutuamente. Era una reciprocidad perfecta de atenciones, de cuidados, de decision. Era mas que amistad fraternal; porque los vínculos de hermano á hermano están anudados por el deber; y en el afecto con que uno y otro se amaban, no existia mas que el cariño, sin otra obligacion na-

tural que la de amarse con igual ternura.

Desde la edad de seis años no se habian separado jamás ni una hora; dormian uno junto á otro, tenian los mismos gustos y las mismas costumbres : su vida era la misma, eran una alma en dos cuerpos.

De vuelta á España, trataron de casar al uno y al otro joven. El marqués de Benavente reprobó desde luego la propuesta; lo mismo hizo Don Luis, sin embargo el marqués era el primogénito de su casa, era necesario que perpetuase su nombre; mas fué en vano cuanto se le dijo en mucho tiempo. La sola persona que podia decidirle á ello era Don Luis, y en este punto pensaba del mismo modo que el marqués.

Don Fernando y Don Luis tenian entre sí una grande semejanza; eran jóvenes, de

agradables modales; y con los que habian adquirido en el extranjero se pusieron en moda, no hablándose mas que de los dos primos en todo Madrid. En el Prado, las señoritas entreabrian y cerraban sus mantillas, y procuraban dar mas gracia á su paso por agradecerles. Los hombres se vestian como ellos, y en una palabra servian de modelo á cuanto tenia algo de elegancia en Madrid.

Un dia entró el marqués mas tarde de lo acostumbrado; parecia agitado, y cuando se vió con Don Luis, lo miró con una particular expresion, y le dijo, apretándole la mano :

—¿Me perdonarás, Luis, el haberte callado ocho dias un secreto? El haberte ocultado mi alma... ¡á tí! mi hermano... mi amigo querido! di!... respóndeme!..

Don Luis no respondió, sino contempló un gran rato á Don Fernando.

— Tu estás enamorado, le dijo al fin ; ¿no es este el secreto que me ocultabas?

Don Fernando inclinó la cabeza, después rompió en lágrimas, y se arrojó en los brazos de su primo sollozando.

— ¡ Sí... enamorado! le dijo, enamorado como un loco... como un miserable insensato... ¡ Ay!... Luis! Luis!... cuanto he sufrido! y cuanto sufro todavía!

— ¿ Eres correspondido? le preguntó Don Luis con voz trémula.. ¡ debes serlo!.. ¡ Tú, tú, Fernando, cómo es posible que no seas amado!

— Lo ignoro, dijo Don Fernando ; creo que *ella* no me ama...

— ¿ Y á quién amas tú?

— A Doña Clara de Almeida.

— Es linda,.. es graciosa... parece buena... debe amarte... ¿Quieres que me encargue de saberlo?

Don Fernando no dió otra respuesta que apretar á su amigo entre sus brazos.

—¡O Dios mio! dijo levantando los ojos y las manos al cielo... ¡Un amigo como él!.. ¡Una muger como ella!.. ¿Qué me queda que pedir á Dios?

La alianza de Don Fernando era una de las mas bellas de España; la familia de Doña Clara no podia desear una mas á propósito para ella. Pero el marqués no queria obtenerla como se obtiene un objeto tasado y puesto en venta. Una boda ajustada por ese estilo le parecia un vil mercado en que el corazon casi se envilecia. Don Luis, cuyos principios eran los mismos que los de su primo, comprendia toda su delica-

deza y sobre todo el que, amando á Doña Clara como la amaba, no quisiera obtenerla sino de sí misma.

Doña Clara de Almeida tenia apenas quince años, y era entonces una de las jóvenes mas lindas de Madrid; no porque se notara en ella la regularidad de la hermosura, pues su semblante no presentaba otra belleza que una expresion particular, y sus facciones, aunque muy agradables, nada tenian de superior; sino porque aquella expresion era encantadora, y porque su mirar embriagaba y cautivaba con el fuego de sus destellos y con la languidez de sus ojos, cuando se fijaban en el objeto que amaba. Hasta el momento en que Don Fernando la miró con aficion, habia vivido siempre retirada en el seno de su familia, limitando sus distracciones y placeres á los paseos

del Prado; pero cuando el conde de Almeida empezó á persuadirse que su hija podia llegar á ser marquesa de Benavente, la hizo salir y que se presentase en la sociedad.

Don Luis, encargado de averiguar si el marqués era verdaderamente correspondido, se hizo presentar en casa del conde de Almeida. Se hallaba este señor viudo, y su casa estaba gobernada por su hija mayor, la condesa de Villafior, que tenia diez años mas que Clara, y que hacia veces de madre. El conde no era rico, y aun se puede decir que era pobre para un hombre de su calidad y rango; pero tenia bastante hacienda y alternaba en la buena sociedad, recibéndola en su casa con decencia. Don Luis fué acogido, como debia serlo un hombre de su clase y mérito personal, y

que poseia como su primo una fortuna considerable. El conde de Almeida lo sabia, y si Doña Clara no admitia ninguna de sus ideas al pensar en Don Fernando y Don Luis, pareciéndole ambos los hombres mas amables que habia visto jamas, era muy justo que su padre se ocupase de la colocacion de su hija.

La vida doméstica del conde y su familia era lo que se lee en los antiguos libros españoles, que nos representan lo interior de una casa con sus rancias costumbres feudales y caballerescas; es decir : un conjunto patriarcal con algo de morisco y de gótico. El conde de Almeida era un verdadero hidalgo, en toda la extension de la palabra; parecia que el intervalo desde Felipe II hasta su época lo habia pasado durmiendo. Sus hijas, educadas por una parienta anciana

na que habitaba en Cataluña, habian recibido esa educacion encogida y mogigata que Felipe V habia introducido en la corte de Madrid, y cuyas tradiciones habia sancionado Carlos III... Doña Clara sola se habia sustraído á su influencia, y conservaba todo el candor de la naturaleza, siendo su mejor adorno un donaire seductor que hechizaba y la hacia adorar; su voz armoniosa y pura se prestaba dócilmente al gusto con que cantaba las seguidillas y las tiranas, gusto que excedia á la habilidad mas consumada. Su padre le habia reprendido muchas veces la falta de regularidad en sus modales y de señorío en las cortesías. Doña Clara escuchaba á su padre con profundo respeto : queria obedecerle, y cuando venian á su casa algunos personajes, se presentaba con una gravedad que

le captaba las alabanzas de todos ; pero la naturalidad, que formaba el encanto de su índole, no tardaba en hacerle olvidar las ceremonias de una etiqueta violenta, y comenzaban de nuevo las reconvenciones.

Su hermana mayor, la condesa de Villaflor, era una persona completamente nula, de que cada uno tiene por desgracia un original en su familia. Se levantaba todos los dias á la misma hora, hacia su oracion, tomaba su chocolate, todo con tal exactitud que no discrepaba medio minuto de como lo habia hecho el dia anterior. Se empleaba en hacer tapiz con grande cuidado, y bordar frontales y macetas, limitándose á decir veinte veces al dia á Doña Clara :

— Hija mia, Doña Francisca está mucho mas erguida que tú.

A esto se reducía toda la educacion que le daba.

Doña Clara sufría con la vida monótona y violenta que llevaba en la casa paterna; sin que por eso desease placeres estrepitosos: su alma era cariñosa, y no se dejaba traslucir en ella otro principio que el de una dulce jovialidad.

Habia conocido á su madre, y sabia cuan dolorosa debia serle su pérdida. Muchas veces lloraba al mirar el retrato de su idolatrada mamá, muerta en su primera juventud, y que parecia que nadie echaba menos en una casa, en que su hija la habia visto tan hermosa y rodeada de obsequios. Entonces se figuraba Clara que tambien ella podria llegar á ser el centro de una corte diligente, el objeto de tiernas adoraciones, y la única árbitra de un ente que-

rido. Cuando estos pensamientos llegaban á apoderarse de su alma, su frente se cubria de rubor, su corazon latia con violencia, y sus labios trémulos dejaban escapar un suspiro de fuego.

Un dia habia ido á pasear al Prado con la duquesa madre de San Carlos, tia de su mamá. Se creia feliz en poder mostrar á los elegantes de Madrid una compostura graciosa y un rostro juvenil y fresco, que rebosaba en gracia y expresion. Sus largas pestañas inclinadas sobre sus megillas, no bastaban á ocultar los alegres destellos que dejaban escapar sus ojos : su pequeña y blanca mano, en que llevaba un abanico de la China, abria y cerraba su mantilla de blonda negra, y en este manejo gracioso de la joven madrileña, y en el fuego de sus miradas, se traslucia todo el fondo de

aquella alma que buscaba una dicha desconocida, pero sin comprender aun ella misma lo que queria.

El marqués de Benavente paseaba á caballo el mismo dia en el Prado... Al apercebir el antiguo y pesado coche de la duquesa, cuyos blasonados tableros parecian hechos en tiempo de Felipe IV, quiso volverse para evitar su encuentro; pero en este mismo momento Doña Clara sacó su linda cabeza y sorprendió á Don Fernando con su mirada. Se acercó al punto al carruage que encerraba una persona tan encantadora, y como conocia á la duquesa, lo acompañó al lado mientras duró el paseo. Clara habló poco; pero su voz era tan dulce, las palabras que dejaba como escapar tenian una magia tan suave, que el marqués salió del Prado perdidamente enamorado, y re-

suelto á pedir la mano de Doña Clara.

¶ Pero el marqués tenia un caracter singular; queria ser amado por sí mismo.

Doña Clara no tenia bienes de fortuna, él los tenia inmensos, ¿no podia temer que Doña Clara se viese precisada á ceder á las órdenes de su padre? Así pasó ocho dias combatiendo consigo mismo para saber si debia ir á casa del conde de Almeida á pedirle su hija, ó si debia antes de todo buscar el medio de asegurarse de su corazon. Una semana entera pasó en incertidumbres antes de decidirse á hablar sobre ello con Don Luis.

¶ El corazon de Don Luis quedó ulcerado con ese amor de Don Fernando, pues aquella amistad tan perfecta iba á debilitarse y entibiarse por el amor de una muger... Todas aquellas ideas generosas y

grandes que él se habia complacido en desarrollar con el marqués, iban á sucumbir á los abrasadores rayos de la pasion. Y desde entonces aquella confianza íntima, aquella recíproca comunicacion de todos sus pensamientos, aquella dicha que por tan largo tiempo habia hermoseado la vida de Don Luis y Don Fernando, todo aquel encanto de una existencia feliz se habia destruido... ¡destruido para siempre! Cuando Don Luis se paraba á considerar esta perspectiva, esta revolucion de toda su vida, lloraba como un niño, y concebía cierta aversion contra la que con su mirar blando y dulce sonrisa le habia robado el corazon de su hermano... de su amigo... ¡Sin embargo Fernando la amaba!.. la amaba con pasion. Don Luis lo veía sufrir por la tregua que el mismo le habia im-

puesto, con el objeto de sondear el corazon y estudiar el caracter de Doña Clara.

Al principio la habia visto con el velo de una violenta prevencion, la habia juzgado ligera, vana, y demasiado ansiosa de obsequios; pero cuando la observó en su vida habitual, ejerciendo las virtudes, mostrando calidades que indicaban una hermosa alma, pensando que su ingenio estaba en armonía con su corazon, se convenció Don Luis que era Doña Clara la muger que mas convenia á su primo. Solo le faltaba el saber si era correspondido.

No era facil juzgar acerca de esto. Clara, adornada de una perfecta naturalidad, manifestaba placer cuando veia al marqués, pero su alegría siempre igual, cuando volvia á hallar la expresion candorosa de su

pensamiento, en nada dejaba entrever el amor.

Don Luis se decidió por fin á hablar. Hacia ya bastantes semanas que el marqués le hacia la corte y parecia bien admitido, aunque todavía estaba por pronunciarse entre ellos la primera palabra. Una noche jugaba al ajedrez el conde de Almeida con el marqués, y la condesa de Villafior se entretenia con su eterna tapicería. Don Luis y Doña Clara estaban solos, y pasaron á una galería que rodeaba la casa y en la cual Doña Clara cuidaba flores. La noche era oscura; pero las estrellas brillaban en el cielo y preconizaban la gloria del Criador; hacia uno de aquellos tiempos, cuyo deleite habrán experimentado sin duda todos los que leerán esta historia, cuando se percibe en el aire esa especie de languidez que hace

latir el corazon. Don Luis se sentó junto á Doña Clara, y tomándole la mano, le hizo la pregunta de que estaba encargado por su amigo. Esta pregunta, hecha así de una manera perentoria y de improviso, turbó á Doña Clara, que no pudo responder por de pronto. El corazon le latia con viveza, levantó la vista hácia Don Luis, y se le sonrió con una dulzura inefable; pero nada mas acertó á contestarle.

—¿Qué puedo presumir acerca del silencio de vm.? le preguntó de nuevo Don Luis. Doña Clara seguia callando.

— Es necesario que yo autorice á Fernando para hablar á su señor padre de vm., prosiguió Don Luis. Su delicadeza quiere obtenerla á vm. de sí misma; esta es la causa por que insisto con tanta mas perseveran-

cia. Diga vm. una palabra que arregle *nuestro* destino.

La señorita levantó hácia Don Luis sus grandes y negros ojos fijando en él la mirada mas elocuente.

— ¿Qué puedo yo decir? respondió al cabo : yo no puedo contestar á lo que vm. me pregunta ; solamente puedo asegurar, que de cuantos hasta ahora han pedido mi mano, solo el marqués de Benavente es á quien yo creo que mi padre me concederá, haciendo al mismo tiempo su dicha y la mia...

Don Luis quedó entusiasmado y como en éxtasis, contemplando á esta joven á quien ya adoraba, desde que podia creer que amaba á Don Fernando. Se acercó á ella, le tomó una mano, se la besó con respeto y ternura, y le preguntó de nuevo, si

permitia que Don Fernando la pidiese á su padre. Doña Clara se ruborizó y no respondió una palabra; pero se sonrió y tendió á Don Luis su mano blanca.

— Es vm. una persona que es forzoso amar á despecho de sí mismo, exclamó Don Luis. Ignoro si Don Fernando comprende bien toda su dicha; pero yo le enseñaría á apreciarla, si fuese necesario.

Desde este dia se estableció entre Don Luis y Doña Clara una intimidad fraternal; la pretension de la señorita se hizo con todas las formalidades exigidas por la antigua etiqueta española del tiempo de Carlos III, y el mismo Don Luis fué el que desempeñó esta clase de encargo tan penoso, para quien desea ocuparse de un sin-fin de pormenores que absorben una parte de la vida mas feliz del hombre, parte consagrada á un

primer amor con todas sus delicias, todos sus goces inefables, y aun con todos sus tormentos.

Don Fernando amaba á su futura como se ama en la primavera de la vida, cuando se tiene una alma ardiente. Estaba siempre á su lado, y no la dejaba sino para ir á ver si se adelantaban los trabajos de la habitacion que debia ocupar en su palacio, y regañaba sin embargo á Don Luis, porque se entregaba con tanto afan al cuidado de estos mismos trabajos que apenas se dejaba ver de él y de Doña Clara.

— Deja que yo me ocupe de esos cuidados, decia Don Louis sonriéndose; vuelve á tu futura... Yo soy solo,.. ¡qué importa la ocupacion de mi tiempo!.. véte... déjame el cuidado de hacerte amar mas de la que

tú prefieres ya á mí!.. Bien ves que no soy zeloso.

Decia estas palabras sonriéndose, pero su corazon estaba llagado. Aquel aislamiento á que se hallaba reducido de repente despues de haber sido, desde que podia acordarse, el objeto constante de los cuidados y del afecto de Don Fernando, era para él una situacion tan nueva, y tan sensiblemente dolorosa, que á menudo desconocia su naturaleza por otra parte tan fuerte y tan firme en sus nobles pensamientos. El mismo solia sorprenderse pensando, durante aquellas largas horas de soledad, que no notaba el marqués, cuanto habia cambiado su vida. ¿Qué iba á ser de él en presencia de una felicidad constante, y de cuyos trasportes tenia que ser testigo? Cuando se apoderaban de su alma tales

pensamientos, le palpitaba el corazón violentamente; le asaltaban imágenes de muerte, y corrían de sus ojos lágrimas de que no se apercibía. — ¿Pero será cosa de dejarme dominar de una baja envidia que me pone de manifiesto todo el egoísmo de mi corazón? dijo entre sí un día después de haber sufrido, viendo á Don Fernando sentado cerca de su futura y besar una de sus manos. — ¿He podido yo alimentar hasta ahora la idea necia de que Don Fernando me amaría siempre á mi solo? No era indispensable que se casase... Y ¿no es demasiado feliz en efecto en amar á la que debe ser madre de sus hijos? O ¡Dios mio! salvadme de estos zelos de la amistad, mas dolorosos cien veces que los que causa el amor.

El pobre mancebo se hincaba de rodi-

llas delante de un crucifijo de oro que acababa de colgar en el oratorio que debia ser de Doña Clara; oraba... ¡pero sus oraciones no calmaban su dolor! Sin duda que la oracion no presta su bálsamo á las penas cuyo nombre se ignora, y Don Luis no sabia á qué atribuir las suyas.

Se concluyeron por fin los preparativos en el palacio de Benavente... De los vestidos de boda, los regalos magníficos, los caballos, los coches, de una multitud de pormenores que tanto aumentan las delicias de la vida interior, si es que no las constituyen enteramente, de todos estos cuidados se habia encargado Don Luis. Esta constante y viva ocupacion le habia servido de grande alivio en los dias que habian precedido á la boda. Don Fernando mas enamorado que lo habia estado jamas, todo lo

olvidaba á los pies de su futura; apenas tenia lugar para decir una palabra á su primo antes de irse al palacio de Almeida, en donde por entonces pasaba su vida; y á la noche cuando volvía á entrar, iba á despertar á Don Luis para hablarle de Clara, de las brillantes calidades que descubria en ella á cada paso, y que habian convertido su amor en la pasion mas profunda. Veia Don Luis con sentimiento que no habia ya lugar para su imagen, borrada en aquel corazon dominado exclusivamente por el amor.

Se realizó la boda en el Escorial, en donde se hallaba entonces la corte. La reina queria asistir á la ceremonia nupcial, y servir de madre á la novia, habiendo sido la suya dama de palacio de Maria Luisa. Al momento, despues de la bendicion, de-

bian salir los nuevos desposados con Don Luis para un quinta magnífica que poseia el marqués en el reino de Granada. A Don Fernando le gustaba la costumbre inglesa que coloca el pudor al lado de la extrema felicidad, y obliga á ocultar su dicha á los ojos indiferentes, y esconder en el retiro las palpitaciones de un corazon á quien el amor ocasiona una verdadera felicidad. Tocaba ya á su fin el invierno, y esta estacion del año es sobre todo deliciosa en el medio-dia de la España : la vega de Granada no es otra cosa entonces que un inmenso florero, y el aire una nube perfumada.

Carlos IV comia como sus padres á la una del dia; costumbre que se observaba con todo rigor en la corte de España, y yo misma he sido testigo de ella en 1806. La ceremonia del matrimonio se dispuso por

lo mismo para las diez de la mañana, á fin de que SS. MM. pudiesen asistir á ella. Doña Clara estaba seductora con su trage de novia : llevaba un vestido de raso blanco, como se usaban entonces, de forma gótica que llamaban *á la reina Matilde*; lo habia hecho en Paris la señorita Minette, asi como todo lo que componia su ajuar y su canastilla; cubria su cabeza por velo una mantilla de encaje de Bruselas; un ramillete de perlas finas de admirables aguas, compuesto de doce peras tambien de perlas finas, retenia los pliegues graciosos del velo nupcial, sin que lo ocultase el ramo de azar que la condesa de Villaflor habia colocado en la cabeza de su hermana, en el momento de salir para la capilla. Doña Clara, vivamente conmovida, apenas escuchaba á la condesa, que, casi impacientada con su

indiferencia aparente, le dijo con algo de exaltacion.

— ¡Pero, Clara, tú no me escuchas!.. En verdad te debo decir que tu conducta es extraña. Casi se creeria que amas al marqués de Benavente; pero no debe ser asi antes del matrimonio... Yo no quiero que seas de ese modo mientras estés en mi poder... ¡Qué dirian la duquesa de San Carlos, la condesa de Velasco, todas las venerables damas que compondrán mañana la corte de S. M.! Dirian que te habia educado muy mal, si viesen en tí una joven perdida de amor y que no sabe lo que se hace... Sobre todo, Clara, no olvides las tres reverencias que debes hacer á la reina, nuestra señora, y al rey, nuestro señor, cuando te pregunte, si quieres recibir á Don Fernando por esposo... ¡cuidado que no vayas á olvidarlo!

— ¿Y á mi padre?.. preguntó Doña Clara ¿no debo yo dirigirme á él desde luego y antes que á todos los reyes y reinas del mundo?

La marquesa de Villafior dirigió á su hermana una mirada estúpida; no comprendia todo el candor de su alma, y en esta pregunta le parecia hallar una prueba de que su cabeza no estaba enteramente sana.

— ¡Nuestro padre! exclamó, ¡nuestro padre! sí, ciertamente, le pedirás su consentimiento... pero despues del de la reina, del rey, el príncipe y la princesa de Asturias... de monseñor el legado, del... del...

Y la condesa buscaba aun algun otro nombre que interponer entre padre é hija. Clara impaciente se encogió de hombros, bien decidida á obrar por sí en esta oca-

sion solemne, y segura de no ser desaprobada ni por el marqués ni por Don Luis, cuyas grandes y generosas ideas tenia tan bien conocidas.

— ¡Ay! exclamó de repente sacando un alfileron negro que se habia clavado, al prenderse el ramo de flor de naranjo que le habian puesto demasiado flojo.

— ¿Qué tienes? dijo la condesa pasando al lado de su hermana, cuya sangre corria como si procediese de una herida grave... ¡Dios mio! ¿qué te ha sucedido?...

Doña Clara respondió sacando su delicada mano de una aljofaina de porcelana que le habia puesto una de sus doncellas, para hacer correr la sangre con que se habia enrojecido el agua. Un silencio profundo reinó en la sala por espacio de algunos minutos.

Se tiene en España por un agüero funesto el que, en el momento de celebrarse alguna grande solemnidad, suceda algun accidente, por mas ligero que sea. Las doncellas de Doña Clara se miraban en silencio, y la condesa de Villafior meneaba lentamente la cabeza como para decir : ¡ Bien lo habia yo previsto!... Ya vereis en qué para este matrimonio.

Atajóse por fin la sangre; pero aunque Clara conocia las preocupaciones de su patria, no estaba del todo exenta de ellas. ¿Qué puede la razon contra una naturaleza profundamente encaprichada desde la infancia? Clara se quedó pálida de resultas de este accidente, y cuando se miró á un espejo que tenia delante de sus ojos, se espantó de la mudanza que observaba en sus facciones.

—Vamos, dijo la condesa; déjame arreglar esta flor... También ha sido buena idea tuya y de Don Fernando... el tener una rama de flor de naranjo natural... ¡en el mes de febrero!... ¡es un absurdo!... y despues este tronco que no se acierta á acomodar... ¿Cómo hacerlo parar? Sin tener en nada los cuidados... las fatigas de ese pobre Don Luis.

—¿Qué ha hecho pues? preguntó doña Clara con interés.

— ¡Cómo! no sabes que, por esta rama de flor de naranjo marchó ayer despues de comer en su caballo árabe, y que fué nada menos que hasta Madrid al jardin botánico, para traer esas flores, y que tú y Don Fernando pudieseis satisfacer vuestro pueril deseo.. ¡Ah! ¡ah!.. en verdad que has hecho una buena labor, Clara, y le mostró

eficaz esa invocacion llena de confianza á un Dios omnipotente, á un Dios bondadoso, ¡que es nuestro *padre en los Cielos!*... ¡Oh! ¡cuán fuerte y luminoso es este pensamiento! ¡cuándo se medita en él! ¿No es en efecto una felicidad que hace olvidar el infortunio?

Cuando las dos hermanas entraron en la pieza, en que estaban reunidas las dos familias, la palidez de Doña Clara llamó la atencion de todos. Don Fernando se adelantó hácia ella, y, hablándole en voz baja, le dijo algunas palabras que no se entendieron, pero que enrojecieron las mejillas de Doña Clara. Nadie las comprendió... Esta corta y misteriosa conversacion fué rápida como el pensamiento que con ella se habia expresado.

—Clara, le habia dicho Don Fernando,

aun es tiempo ; ¿ se arrepiente vm. de haberme elegido para partir conmigo su suerte?... Hable vm., y en el momento se deshacen todos los preparativos... ¿Por qué está vm. tan pálida, Clara?... ¿por qué ha llorado vm.?... ¿qué tiene vm.?... ¡Dígame vm. ahora! ó me hará vm. morir de pena.

Clara temblaba ; levantó los ojos, los fijó en los de Don Fernando, y lo miró ; pero sin hablar, sin añadir una sola palabra á la elocuencia mas profunda, á una mirada de amor.

— ¡ Ah ! exclamó Don Fernando, apretando la mano de Clara contra su corazon, no quiero oír nada... ¡ no quiero saber !... ¿Qué me importa, Clara, la causa de sus lágrimas, cuando veo que no es la falta de amor la que las produce? .. Y retirándose

al mismo tiempo su velo nupcial y su corona de novia salpicados de sangre...

Clara se puso aun mas pálida, y se dejó caer en su silla; al mismo tiempo, llamaron á la puerta del gabinete del tocador dos señoras mayores, parientes de la familia de Almeida. La condesa, que, aunque amaba á su hermana, la trataba como si no la amase, no quiso que la viesen en aquel estado, y la introdujo en su oratorio, en donde reparó en un momento el estrago que habia causado un simple alfiler, y, cuando todo estuvo en orden, le dijo :

— Clara, postrémosnos delante de Dios, para pedirle su asistencia en el momento que se aproxima... ¡Oremos, hermana mia!

Las dos hermanas se pusieron de rodillas y oraron... ¡ Es sin duda un consuelo

hacia el grupo de parientes que le formaban su cortejo aquel dia, el mas solemne de la vida, Don Fernando no experimentó otro sentimiento que el de la magia que le rodeaba, y le hacia creer que se hallaba en el Cielo.

Tambien Don Luis habia notado la palidez de Doña Clara, y esta palidez habia producido en su corazon una emocion que le habia horrorizado por su violencia : ¡ en aquel momento creyó que la aborrecia!

— ¡ Cómo le hace sufrir!... habia dicho al observar el trastorno de las facciones de Don Fernando. ¡ Ah! ¿ qué comparacion tiene la amistad con el amor?... ¿ Cuándo se ha inmutado así por mí?... ¿ Cuándo le he hecho yo llorar de esa manera?... á él... ¡ á un hombre!... y llora

como un niño á vista de la palidez de una muger.

El acompañamiento se puso en marcha para la iglesia. Doña Clara habia recibido de la reina como regalo de boda el diploma de dama de palacio que habia tenido su madre, y gozando ya de los derechos de su empleo, ocupaba desde que estaba en el Escorial una habitacion en los pabellones exteriores; nada mas pues tuvo que hacer el acompañamiento que seguir el gran patio de occidente, y los claustros superiores. Cuando llegaron á la iglesia, hallaron á un oficial del rey y á otro de la reina, que los hicieron colocar segun el orden dispuesto, de manera que, desde sus tribunas pudiesen Sus Magestades asistir á la ceremonia.

El obispo de Zamora, tio de Don Fer-

• nando, era el que iba á celebrarla, y, en efecto, no dejó de durar á causa del rito y usos religiosos que constituyen su solemnidad en España. Doña Clara padecía con la fatiga y con una impresion involuntaria que le habia asaltado de nuevo al ponerse de rodillas para pronunciar las palabras solemnes que debian encadenarla para siempre. Ya por la mañana habia sufrido aquella especie de supersticion, que habia despertado en ella debilidades de la infancia; y ahora se estremecia llena de pavor viéndose encima de sepulcros, ¿y qué? ¿debía dársele en aquel recinto consagrado á la muerte, la bendicion nupcial á quien desde el instante en que el amor se habia apoderado de su alma la habia visto siempre coronada de rosas y rebosando de alegría? Por lo tanto, le era imposible separar la

idea del amante y del amor ; dirigió temblando sus ojos hácia los de Don Fernando, y aun sufría por aquella misma expresion abrasadora con que él la cubría, como con un velo de amor ; le parecia que caminaba sobre un terreno en que se hundia á cada paso ; creia oír sonidos confusos y extraños ; los cirios que ardian en el altar le parecian opacos y á punto de apagarse, como sucede siempre cuando una luz choca con los rayos del sol ; pero Clara lo veia todo por medio de un prisma desgraciado, y algunas veces se le ocurría pensar si en efecto hubiera procedido mejor, pidiendo mas tiempo por examinar su corazon. No por eso dejaba de amar á Don Fernando ; lo amaba, sin duda, con menos violencia de lo que era amada por él ; pero lo amaba.

¶ Mientras que sus pensamientos la rodea-

ban como un vértigo, Don Luis se adelantó para cumplir, como pariente mas próximo del marqués, las funciones prescriptas por la etiqueta ordinaria y la de la corte; se colocó junto á Don Fernando, al paso que Don Antonio de Toledo, primogénito del duque de Alba, estaba junto á Clara. Don Antonio estaba como si hubiera estado en el Prado, indiferente y aun con cierta impaciencia por ver acabar la ceremonia; pero ¡Don Luis!... ¿quién puede decir lo que sufría?... El velo que le cubria hácia tiempo el verdadero motivo de sus penas, acababa de descorrerse en aquel momento; el infierno se lo habia revelado... Sabia que el encono, los zelos, la venganza, podian ocupar en el corazon del hombre el lugar de la virtud y de la amistad; entraba en un nuevo mundo cu-

yo horror le hacia retroceder y estremecerse. Algunas veces creia que queria espantarlo el demonio con sus ilusiones; entonces miraba al rededor de sí; pero, por desgracia, era demasiado cierto que se hallaba realmente al pie del altar, en que su primo Don Fernando se unia con Clara. No era posible dudarlo; era necesario palpar su desgracia, era necesario sufrirla.

Cuando el obispo de Zamora hizo las preguntas de costumbre, el marqués de Benavente respondió con una voz trémula de emocion, pero clara y sonora. ;Se dejaba penetrar toda la dicha de este hombre! ;Oh! ;qué orgulloso estaba con la felicidad que reflejaba en aquel momento el hechicero rostro de Doña Clara! ;estaba tan linda! y llegó á estarlo sobre todo de tal manera cuando un sonrosado producido

por el pudor se esparció, como una nube de rosas, por el fino y blanco cutis de su frente, que excitó á su alrededor un murmullo de admiracion. Bajó los ojos, y en esta actitud se puso aun mas hermosa, y dió las gracias por ello á Don Fernando apretándole la mano cuando le puso el anillo consagrado.

— ¿Qué tiene vm., Don Luis? preguntó Doña Clara al que ya era su primo; ¿qué tiene vm.? ¡Me se figura que padece vm. alguna pena!.. ¡Oh! no, no.. hoy, no... no es eso.. ¡hoy, no!.. y al momento vamos á partir.. Figúrese vm. cuanto padeceriamos Don Fernando y yo, si en este viage lo viesemos á vm. triste y desapacible.

— No tendrá vm. ese disgusto, señora, dijo Don Luis á la marquesa; no iré con vm.

— ¡No vendrá vm. con nosotros! exclamó la marquesa; ¡no vendrá vm. con nosotros!... ¡Dios mio! ¿qué significa eso?

La exclamacion de Clara hizo correr á Don Fernando.

Clara le dijo que Don Luis no iba con ellos.

El marqués quedó petrificado.

— Eso es imposible... ¡habrá vm. entendido mal, ¡Clara!.. Luis... respóndeme, ¿dice Clara la verdad?..

Don Luis hizo una señal afirmativa.

— Y ¿por qué esa resolucion?.. ¿por qué tan de repente?

La emocion que se habia apoderado de Don Fernando ejercia tal poder que le demudaba su hermoso semblante. ¡Amaba tanto á Don Luis! Este afecto habia sido demasiado tiempo todo el embeleso de su

vida, para dejar de ejercer sobre él la mayor influencia, aun en competencia de su amor.

— ¿No me podrás decir la causa de tan extraña resolución? repitió con un encarecimiento que tenia aun mas fuerza para Don Luis, al ver el temblor de los labios de su primo.

— Pero despues de todo ¿para qué quieres que yo vaya á Andalucia? respondió Don Luis. ¿Qué soy yo al presente para tí?.. tú eres dichoso... la dicha necesita soledad, y no testigos... ¿Qué quieres hacer de mí? te repito.

El marqués miró á su primo con una inquietud que se aumentó extraordinariamente cuando hubo tocado su mano, que la tenia quemando.

— ¿Tú estás malo, Luis? tú padeces... tienes calentura.

— Como ha de dejar de estarlo, dijo Doña Clara, con lo que hizo ayer... fué...

— Suplico vm. que no hable de eso, señora, interrumpió Don Luis con cierta impaciencia poco cortés y dando una patada en el suelo.

— ¿Qué es eso pues? dijo el marqués, cuya curiosidad habia excitado Clara con lo que acababa de decir.

— No es mas sino que Don Luis, sabiendo la importancia pueril que habiamos dado los dos á tener este ramo de flores de naranjo natural, marchó ayer despues de comer á pretexto de dar un paseo, y él mismo llegó á Madrid á pedir muchos ramos de flor de naranjo al jardin botánico,

y los ha traído él mismo, por que no se maltratasen.

Al escuchar á Clara, cuya voz dulce temblaba de emocion refiriendo lo que habia hecho Don Luis, el marqués experimentaba uno de aquellos momentos de deleite inefable que manifiestan de antemano los gozos del cielo. Estuvo largo tiempo mirando á Don Luis con los ojos llenos de lágrimas, y despues arrojándose á sus brazos lo apretó contra su corazon, prodigándole los nombres mas dulces.

— ¡Hermano mio!.. mi idolatrado amigo!.. mi orgullo y mi gozo repetia mirándolo. Pero dime lo que tienes, amigo... dime lo que experimentas... ¿qué razon te puede hacer huir de la mitad de tu alma? por que ya lo sabes, amigo mio, tú y yo vivimos con una misma vida... Debemos vivir y

morir juntos, estar siempre uno al lado de otro : hemos nacido en el mismo dia; moriremos tambien en el mismo dia; en fin ¡debemos tener los mismos placeres como tambien las mismas penas!.. Mirame Luis... y atrévete á decir que me quierès abandonar.

— Tú no me amas, murmuró Don Luis en voz baja; pero no lo decia con decision, porque sabia que mentia; y luego por otra parte, ¿qué le importaba?

— No, tú no piensas lo que dices, Luis; tú sabes bien que yo te amo, y que tú eres el afecto mas dulce de mi alma... No hablo de mi amor á Clara... este es un sentimiento á parte; ¡ella misma sabe que te amo!.. y como te amo... ¡Dícelo Clara!.. dícele que me hace desgraciado!.. ¡y no era verdaderamente de él de quien yo debia

esperar un dia como hoy semejante sentimiento!

Clara se adelantó hácia Don Luis, y, presentándole las dos manos :

— ¿Es posible pues, que no me quiera vm. por hermana? le dijo con una voz celestial.

Don Luis no respondia, volvia la cabeza y sentia apoderarse de él la debilidad.

— ¡Pues bien! ¿no me quiere vm. responder? repitió Clara, fijando en los ojos de Don Luis la mas dulce mirada.

Ya no pudo resistir mas Don Luis.

— Partiré dijo, con una voz ahogada, partiré... ¡Que Dios sea en mi ayuda!

Despues de un almuerzo regio dado por la reina á los nuevos esposos, vinieron los coches y salieron para *Almeria*, hacienda

que el marqués poseía en la vega de Granada, y que se había complacido en embellecer con cuanto había traído de sus largos y frecuentes viages. Había enviado á Almería curiosidades de Italia y rarezas de la Persia; por todas partes había recogido un poco de lo que le había parecido bien, y, como la abeja, traía sus despojos á la colmena. Era la casa de Almería un paraíso rodeado de otro paraíso. Todo era atractivo en el interior de aquella morada, que se puede decir que encerraba todas las naciones de la Europa, por lo que cada una tenía de mas elegante : y luego, cuando se salía de ella, era para admirar un cielo de zafiro en el cual se engastaban las relumbrantes nieves de Sierra-Nevada; colinas cubiertas de plantas de todas las zonas, producciones de todas las comarcas y selvas de

naranjos y limoneros cuyas ramas cargadas de flores, de frutos maduros, y verdes, formaban guirnaldas olorosas. En seguida se veían bosques de adelfas, grutas de madroños y de árboles fresales, y sus frondosidades hacia resaltar su hermoso fruto como rubies entre esmeraldas. Por todas partes se respiraban perfumes; por todas partes en el aire cálido y embalsamado que se exhalaba, se percibía una languidez, una voluptuosidad que destruían todas las fuerzas del alma, sin dejárselas mas que para amar, se abandonaba á la corriente de una vida encantada, vida de hechizo y magia : se olvidaba allí que fuese necesario escuchar una voz ; se olvidaba que fuese necesario algunas veces sufrir : en este Eden todo se eclipsaba ante una voluptuosidad peligrosa que entorpecía y embargaba las

facultades de la razon , y se respiraba el enagenamiento con los suspiros.

A esta mansion sílfica , pero sembrada de lazos y peligros, condujo Don Fernando á Doña Clara. Al salir de la capilla del Escorial montó con ella en una carroza, en que Don Luis ocupó el tercer asiento; y se pusieron, sin detenerse una sola hora, del Escorial en Almeria.

Todo recordaba en este lugar los cuidados de Don Luis. La habitacion del marqués habia sido arreglada muy recientemente por sus cuidados, cuidados desempeñados con tal delicadeza, que manifestaba una amistad vehemente; solo podia compararse esta habitacion á una mansion de hadas. El cuarto de dormir estaba colgado de una tela de indias, un brocado de plata con flores encarnadas ; los sofás, los coji-

netes y los sillones eran de la misma tela ; la cama era toda de bronce dorado á fuego y representaba un canastillo de flores, sobre el cual dos cisnes de plata sostenian dos grandes cortinas de muselina bordada con lentejuelas de plata , obra de las Indias orientales, que caian sobre la canastilla y la envolvian cómo un mosquitero. Los colchones de la cama eran de damasco blanco, y estaban rellenos de la mejor lana de Segovia; los balcones daban á una azotea, defendidos por una tendilla de seda al estilo de Venecia. Desde allí se descubrian las viejas torres de la Alambra, el Generalife, y sus carcomidos cipreses, la hermosa Granada y sus deliciosos paseos. Por todas partes se descubria una comarca pintoresca, y todos los placeres hallaban por donde quiera el camino del alma. El cuarto de

Doña Clara estaba lleno de una multitud de esas *inutilidades necesarias* de que el lujo ha hecho insoportable la privacion. Los objetos mas raros de este género habian sido llevados no solamente de Inglaterra y de Francia, sino tambien de la India, de la China y de Méjico. Las puertas y artonados eran de las maderas mas preciosas del Brasil y de otras partes de América. Habíalas de ellas odoríferas, y otras cuyas raices diestramente presentadas ofrecian á la vista los embutidos mas delicados. El suelo de la habitacion representaba una brillante coleccion de flores, frutas y pájaros artificiosamente incrustados en mármoles de color con piedras finas. Esta obra ejecutada por un hombre habil que el marqués habia hecho ir de Florencia, era de una belleza sorprendente, y estaba cubierta de una estera de

juncos de Indias de un tejido finísimo, la cual podía levantarse como se quería.

Inmediato á este cuarto habia un pequeño salon, en que se encontraba cuanto una muger puede apetecer y desear. Sobre una grande mesa de palo de águila habia colores, lapiceros, y libros en blanco, cuya moda empezaba á venirnos de Alemania. El mueblage de este salon tenia por fondo una tela de Persia lisa y unida con ramos de rosas y acianos con sus hojas sembradas en un fondo blanco de perla. Las cortinas eran de gasa de Valencia de color de paja con rayas de raso, y caian en pliegues grandes en el hueco de las ventanas situadas sobre el mirador circular, desde donde se descubria de lleno el Albaicin, y el Generalife coronado por la antigua mezquita de Ali, hoy iglesia de

Santa-Elena. El salon estaba colgado de la misma tela de Persia : todos los muebles que lo adornaban eran de madera de Indias, trabajados por los artifices mas hábiles de Londres, conforme á los dibujos enviados por Don Luis, que estaba convencido, acaso con razon, de que en Inglaterra se trabajaba admirablemente.

Pero lo que mas gustó á Doña Clara del adorno de su habitacion, fué una galería de cristales pintados, cuyo pavimento era como el de su alcoba, un precioso mosaico, siendo los intersticios de pared que la sostenian de estuco con admirables pinturas ; esta galería era una especie de estufa, ¡ cómo si en un pais como Granada se necesitara apresurar la vegetacion de una flor, ó preservar su lozania ! cuando en aquel hermoso clima todo crece es-

pontaneamente, todo es bello. Sin embargo se habia destinado esta pieza para retrete durante el calor del dia que las celosias espesas no dejaban penetrar. En el fondo de ella habia un camarín semicircular adornado con un *diván* forrado de tela de Persia con almohadones que podian servir de colchon para dormir la siesta. Delante de las ventanas caian unos transparentes admirablemente pintados, que templaban la luz, dejándole una claridad dulce y misteriosa. Por último, al rededor de las paredes habia una fila de macetas de flores raras, que embalsamaban el ambiente con aromas que hacian mas peligrosa la magia de los encantos de aquel retrete de las hadas.

Al entrar allí, Doña Clara casi se desvaneció.

— ¡Dios mio! qué hermosura, exclamó la joven alzando sus negros ojos arrasados en lágrimas, y miró á Don Fernando con una expresion que le hizo palpar vivamente el corazon, y abrazarla.

— Mirame siempre así, le dijo él temblando de emocion; ¡ay! mirame mas!... ¡hay tanto hechizo en esas miradas!... ¡mirame!... ¡oh Clara... ¡cuánto te adoro!...

Y Fernando cayó á los pies de Clara á quien habia hecho sentar en el diván: le besaba las manos, la miraba con ternura, y no podia articular una palabra.

— ¡Ay!... prorumpió al cabo, así es como yo debo vivir!... así, en esta felicidad debo yo pasar una vida de ángeles; pero, Clara, yo no podré soportar tanta felicidad! ¡yo no podré vivir!... ¡no!...

Y el ardiente mancebo reposaba su abra-

sada cabeza sobre las rodillas de Clara, que se sonreía con estas palabras de amor, jugaba con la rubia cabellera de Fernando, y su blanca mano se la separaba de la frente, pues se complacia en contemplar toda la expresión de tan noble semblante, reuniéndose en él todo cuanto la bondad, el ingenio y el talento pueden enlazar con un donaire distinguido y singular. Al mirar cualquiera á Fernando, al punto decía : Es un gran señor, un hombre superior.

— ¡Cómo te pareces á tu primo! dijo Doña Clara despues de haber compuesto y descompuesto mil veces los cabellos de su marido, y haberlos colocado por fin sobre la frente, como Don Luis acostumbraba llevarlos. Es una semejanza muy notable. Ven- ga vm. aquí, Don Luis, colóquese vm. junto á su primo, para que pueda yo com-

parar á vms. mejor... ¿Pero... y... dónde está?... ¿Lo has visto salir, Fernando?

— No, angel mio... yo no miraba mas que á tí... Y fijaba en ella miradas de fuego, cuyo ardor la turbaba. Clara bajó los ojos; y aunque el sol iba á ponerse, Fernando vió que estaba encendida y trémula... Se levantó del sofá sobre que estaba sentada é hizo ademan de querer salir... Fernando la detuvo y la volvió á sentar suavemente en su sitio.

— ¿Por qué salir? le dijo atrayéndola hácia sí; este momento es el primero, Clara, el primero, desde que te amo, que estoy solo contigo... ¿Por qué tiembles?... ¿qué significan esas lágrimas?... ¿No soy yo tu esclavo?... ¿No eres tú mi reina?... Pero, ¡Clara!... tú me amas... ¿Por qué te alejas de mí?... ¡Ven! ¡no me temas!.. le-

vanta esos ojos, ¡amor mio ¡ dirigeme una de esas miradas que me hacen estremecer. ¡Ay¡ ven... junto á mi corazon... mas cerca... contra mi pecho...

Al mismo tiempo besaba sus cabellos suaves y lucientes que habia admirado tantas veces, y cuyo perfume particular habia agitado y trastornado su sentido tan á menudo, cuando ella pasaba por junto á él, y el viento le regalaba con su fragancia, como con una dulce caricia. En torno de los dos reinaba el silencio y el hechizo de una deliciosa noche bajo el cielo abrasador de la Andalucia; solo se percibia el ruido monótono de una fuente que caia con suavidad sobre un pilon de marmol al otro extremo de la galeria. Fernando no habia experimentado jamás las emociones que se apoderaban de él; habia

amado alguna vez, á lo menos lo habia creido así ; pero en aquel dulce momento era cuando su alma, verdaderamente despierta, reconocia que hasta entonces no habia hecho mas que soñar ; allí se hallaba junto á la muger que adoraba, y de quien era correspondido... aquella muger era la suya... y sin embargo no hubiera acertado á desear una dicha mas viva que la de que se dejaba arrebatar.

—Clara, le decia, ¿por qué te amo yo tanto?.. ¿por qué has turbado mi vida con tanto poder? ¿por qué la turbas así? ¿lo ves?... Algunas veces me pregunto ¿qué seria de mí, si llegase el momento en que me dejases de amar?... Pero ¡qué idea!... Tú me amarás siempre, ¿no es verdad, Clara mia? ¡Oh! dí, ¡repíteme que me amas!...

—Sí, decia Clara con una voz dulce y pura : Sí, Fernando mio, sí, amigo mio... sí, yo te amo...

—Y ¿me amarás siempre?...

—¡Siempre!... ¡siempre!...

En este momento el silencio de la noche fué interrumpido por un grito ronco seguido de una blasfemia. Parecia que habia salido de debajo de la ventana, que no se alzaba del suelo del jardin mas que algunos pies. El marqués se lanzó al terrado ; pero nada vió, y volvió junto á Clara á quien halló trémula y helada.

—¡Oh! dijo ella, ¡qué grito tan feroz y terrible!... ¡amigo mio!... ¿lo has oido? ¡Oh! ¡quién ha podido llegar á este sitio tan próximo á casa!...

Fernando trató de sosegarla ; pero en él mismo habia hecho demasiada impresion,

no solamente el grito, sino el modo de darlo por la expresion de ironía amenazadora que lo habia acompañado. ¿Debia temer Clara que alguno sintiese en Madrid su ausencia? Este pensamiento le atravesó el corazon como un hierro agudo; pero no se atrevió á hacer preguntas á Doña Clara, aunque estuvo largo tiempo sin poder olvidar, tanto aquel grito como la impresion que habia hecho en su muger hasta en sus mismos brazos.

Entre tanto, se fueron pasando los dias. La primavera fué una cadena de fiestas con que la naturaleza parecia querer celebrar la bienvenida de Clara á la hermosa Granada: habia perdido ya todo recuerdo de sus primeros presentimientos, y no veia ya lo que la rodeaba sino por medio de un velo trasparente que solo le dejaba aper-

cibir dias venturosos. Fernando la adoraba, y Don Luis parecia haber perdido aquella melancolia que le daba un aspecto siniestro y tan penoso para los que lo amaban. El era el que servia de guia á la marquesa, cuando Don Fernando se veia precisado á ir á su regimiento que estaba de guarnicion en Sevilla, y daban juntos largos paseos. Un dia, se hallaban solos; Fernando habia marchado el dia anterior á Sevilla. Clara estaba triste y afligida; lloraba, pero sola; no se atrevia á llorar delante de Don Luis; esta afliccion misteriosa era extraña, sin que ella misma supiese explicarla. Don Luis adivinó sin embargo su tristeza, y le hizo preguntar, si queria dar un paseo *para distraerse*, y como gustaba de ir, si á caballo ó en coche. La marquesa aceptó la oferta prefiriendo el ir á caballo: en

efecto, Clara montaba bien, y este era además el modo mas agradable de recorrer la Vega.

Cuando salió de su habitacion para pasar al comedor, halló á Don Luis que la esperaba como siempre para darle la mano. Se quedó sorprendido de la mudanza que observó en sus facciones. Estaba muy abatida, y parecia sufrir interiormente.

—¿Por qué parte dirigiremos nuestro paseo? dijo á Don Luis.

Se notaba en su voz que esperaba con cierta especie de indiferencia la respuesta, y que le era lo mismo pasear por una parte que por otra, pues por donde quiera, habia de ir entregada á los pensamientos que entonces la dominaban. Luis

la miró algun tiempo sin responder, despues quiso hablarle, *pero no atinaba.*

—Si vm. me lo permite, señora, le dijo por fin, yo le serviré de guia... ¿Quiere vm. fiarse de mí?

—¡De vm.! exclamó la marquesa, ¡de vm., Don Luis! ¡Dios mio! ¿Cómo puede vm. hacerme esta pregunta?

É inmediatamente le presentó la mano con un abandono afectuoso; pero, con la misma prontitud, la retiró ruborizándose. Don Luis cedió por un momento á una viva y profunda emocion; mas el que lo hubiese visto, casi en el mismo instante lo hubiera hallado tranquilo, y como si no experimentara afecto alguno.

—El paseo que quiero hacerle á vm. dar, dijo despues de un momento de silen-

cio, á la marquesa, es una jornada... Iremos á Loja.

—Pues bien, iremos á Loja, respondió Doña Clara con amable candor; si eso es capaz de *divertir á vm.*

Don Luis se sonrió con una expresion particular á esta palabra *divertir*.

Doña Clara se espantó al reparar en su rostro : la mirada de Don Luis era ceñuda y su semblante siniestro.

—¿Está vm. malo, Don Luis? dijo la marquesa. No salgamos... yo trabajaré y vm. leerá, ó sino me dará vm. una leccion de francés... Me hará vm. digna de ser amada de Fernando... ¿Quiere vm?...

Don Luis la miró; y luego dando una carcajada casi salvaje, se salió del cuarto, y corrió con rapidez hácia las cuadras.

—¡Dios mio! dijo Doña Clara, ¿qué

puede tener este hombre que se presenta tan extraño? Volvióse á su cuarto cavilosa y pensativa, ocupada como estaba de aquel hombre que parecia tan desgraciado teniendo todos los elementos para ser dichoso.

Es verdaderamente un peligro para el reposo de una muger la idea de la desgracia de un hombre, que está en su mano el poder dulcificar. Su fantasia se llena entonces de prestigios, todo es peligro; á cada paso se encuentra un escollo: es un mar sin fanal, donde la desgracia la arroja sin esperanza de socorro.

Cuando la marquesa se reunió á Don Luis, estaba este como siempre triste; pero sin que su tristeza espantara, Clara estaba interesantísima con su amazona azul, su justillo blanco, su corbata negra y su

sombrerito de castor que le daba el aspecto de un mancebo cuya malicia habitual se hallaba templada pasageramente por una melancolía profunda.

Al salir de Granada para Loja se atraviesa la famosa Vega. Es una llanada que tiene ocho leguas de anchura, y veinte y siete de circunferencia, está rodeada de altas montañas coronadas de nieve; y cuyos valles son los mas fértiles de las comarcas mas favorecidas de Dios. Hay un proverbio español que dice : *A quien Dios le quiso bien , en Granada le dió de comer*. En aquella época del año nada hay mas delicioso que las campiñas de Granada ; era tiempo de otoño , en que ya no se sienten aquellos calores que matan y hacen respirar un aire de fuego. Los numerosos rios que atraviesan la vega , el Genil , el Darro ,

el Dilar, el Vagro y el Monachil, y todas aquellas fuentes que brotan en medio de numerosos bosques de adelfas y naranjeros, aumentaban en aquel momento la fertilidad que habia adquirido la hermosa vega, á costa de torrentes de sangre de que sus surcos habian sido bañados por tan largo tiempo. Doña Clara no habia experimentado jamás tan profundamente el hechizo de aquellos sitios amenos, rebosaba en placer al contemplarlos, y dió las gracias á Don Luis por haber dado aquella direccion á su paseo.

— Espere vm. á la vuelta para darme las gracias, contestó con un tono particular.

La marquesa no comprendió la intencion que pareció quererle él dar á esta respuesta; dió un galope á su caballo, y partió con rapidez; pero sin que en mucho

tiempo rompiesen el silencio. Doña Clara comenzaba á sentir cierto embarazo con Don Luis, sin que pudiese explicar la causa.

— Será preciso hablar de esto á Fernando decia entre sí.

Al cabo de algunas horas de camino, llegaron á Loja, linda ciudad situada á las riberas del Genil y todavía morisca en aquel tiempo. La construccion de aquellas casas, aquellas calles estrechas, aquellas ventanas, ó mas bien pequeñas rejas, todo, hasta los habitantes, ofrece el aspecto de una ciudad árabe. Vista frecuente en España.

Sobre su altura se hallan los restos de un antiguo castillo moro, que hoy sirve de asilo á un ermitaño. ¿Quién hubiera dicho á los Arabes, á aquellos hombres tan valientes, tan amartelados, tan caballeros, que algun dia el derecho de conquista con-

vertiria sus fortalezas, sus castillos y palacios en guarida de religiosos haraganes?

Jamás habia estado Doña Clara en Loja, y quedó pasmada de lo que habia visto. Es un vergel tan fértil como nos lo puede representar nuestra imaginacion, soñando en las Islas Fortunadas; ó bien en aquella parte del mundo llamada la *Atlántide*, en que Dios prevenia todos los deseos, y en donde no habia un solo dia desgraciado.

— ¡Oh! decia la joven dirigiendo alrededor miradas enagenadas, ¿cómo no he venido yo aquí antes de ahora?

Es necesario marchar, Doña Clara, le dijo Don Luis; nos queda aun que ver una cosa hermosísima antes de volver á Almería...¿Quiere vm?

— ¡Sí, ciertamente! ¿Nos falta todavía mucho camino?

— No; pero es malo; y nos costará trabajo el concluir nuestra jornada, si nos detenemos aun.

Entonces dejaron Loja, y, atravesando su rica y fértil campiña, entraron en las soledades del monte Oróspeda. Avistaron en seguida Archidona ciudad situada en medio de rocas salvages, y que forma la frontera de Andalucía; poco despues de haber perdido de vista Archidona, dijo Don Luis á Doña Clara :

— Nos vamos acercando.

Un ruido violento pero sordo anunció entonces á Doña Clara que se aproximaba á una cascada, aunque nada se veia; además las inmensas rocas vestidas de musgo y de enredaderas, y un poco de cespèd matizado de azafran silvestre, última flor de las praderas, revelaban la proximidad de

un manantial vivificante. El ruido se hacia cada vez mas perceptible, y la senda era tan estrecha que el caballo de Doña Clara se resistia á seguirla, creyendo ella misma que podia haber algun peligro.

—Es menester que nos apeemos, le dijo Don Luis : dejemos aquí los caballos ; tome vm. mi brazo y subamos á pie el monte.

Sus palabras eran tan simples, y el tono con que las pronunciaba tan natural , que Doña Clara olvidó por un instante los temores que le habia causado por la mañana su extraña expresion : apeóse en efecto, tomó su brazo, y le siguió sin acordarse de mandar á uno de sus criados que la acompañara.

Por espacio de un cuarto de hora estuvieron subiendo con bastante trabajo; pero al cabo llegaron á un otero que Don Luis

acababa de señalar á Doña Clara como el término de su excursion. La sencilla joven no pudo retener un grito de admiracion al poner el pie en aquella llanura, que podria tener algunas varas de circunferencia. Caia por bajo de ella y á mas de cien pies de profundidad un rio que saltaba con espumosa furia de roca en roca, azotando continuamente con sus violentas masas de agua las cimas de granito, pulimentadas ya, á fuerza del embate de la cascada, como el mas bello marmol: servian de ornamento á la silvestre soledad y templaban su horror enredaderas encarnadas, blancas y azules, nopales, cistos de clavos de oro, y hojas blancas matizadas de púrpura, y tambien admirables helechos; y sobre el abismo se elevaba una columna de vapor en forma espiral que recibia entonces un rayo del

sol poniéndose, y parecia una obra de hadas, un palacio aéreo construido por medio de algun encantamiento.

— ¡Dios mio, qué cosa tan bella! prorumpió Doña Clara despues de haber contemplado con admiracion tan portentoso cuadro. ¿Por qué no me ha traído vm. aqui nunca?

— Porque queria venir solo con vm.

Y fijando en ella los ojos con una expresion terrible, le dijo :

— ¿Sabe vm. como se llama este sitio?

— No, respondió Doña Clara con voz trémula, y asustada aunque sin saber ni por qué ni de qué.

— Sin embargo muchas veces lo ha oido vm. nombrar : vm. mismo lo canta.. ¡Esta es la *peña de los Enamorados!*.. roca célebre, como vm. sabe. Las palabras de Don Luis

eran sencillas y sin embargo Doña Clara temblaba cada vez mas.

— Me parece que hace aquí frio, le dijo dando algunos pasos para bajar... ¿Quiere vm. que nos volvamos, Don Luis?

Mas él poniéndose delante de ella y tomándole la mano con rudeza, la hizo volver á subir á aquella esplanada en que solo los separaba un paso de la muerte.

— ¿Cree vm., le dijo con una sonrisa amarga de ironía, Clarita, que yo la he traído á vm. aquí para contemplar la cascada y sus rocas?... A la verdad que es vm. demasiado sencilla si lo cree, harto sencilla y demasiado necio yo por haberla dejado á vm. tanto tiempo en semejante persuasion: ¡Clarita... yo la amo á vm.!... Sí... yo la amo á vm.! y vm. me ha de amar, ó los dos tenemos que perecer.

— Don Luis , exclamó Doña Clara , ¿está vm. loco? ¡Déjeme vm. déjeme vm.!.. ¿Qué quiere vm. de mí? ¡Dios mio!.. ¡quiere vm. dejarme! déjeme vm. le digo, caballero; yo le mando á vm. que me deje pasar, añadió con una voz pausada y llena de cólera. Pero Don Luis no habia ido allí como él mismo lo decia sin una determinacion irrevocable : así le respondió con una risa infernal y mirándola :

— Pues yo no quiero dejarla á vm. salir de este recinto sin que me haya oido. ¡Yo la amo á vm. Clara!.. mi pasion no es amor, es una rabia. ¡Es un vértigo funesto que me arrastra á la perdicion : yo conozco que no puedo vivir sin vm., y conozco que me pierdo!

— ¡Desdichado! replicó Doña Clara mirándolo con lástima ¿ cómo puede vm. olvi-

dar así á ese Fernando que tanto lo ama á vm.?

— ¡Fernando! gritó Don Luis... ¡Fernando!.. ¡Oh! no me hable vm. de ese hombre!.. yo lo aborrezco!.. lo aborrezco mas que lo he amado. ¡Fernando!.. ¡Oh!.. ¡maldito sea!.. con qué ansia beberia su sangre. ¿Cuántas veces le he deseado la muerte? ¡Fernando! Fernando!.. ¡Ah!.. Clara, si no quiere vm. que pierda la razon, no pronuncie vm. semejante nombre. Y hablando así su semblante estaba descompuesto; sus ojos desencajados se dirigian hácia la profundidad del precipicio, y su mano trémula tocaba el puñal que siempre llevaba aunque escondido. La marquesa se estremeció viendo que estaba á merced de un demente; no porque su peligro la asustara, sino porque temia los efectos del de-

lirio febril que agitaba á Don Luis : por lo mismo quiso probar si la dulzura de sus palabras tendria algun imperio con semejante frenesí.

— Don Luis, le dijo blandamente, lo compadezco á vm. ¿pero por qué abriga vm. en su corazon una vívora que lo devora? Vm. me ama; y ¿puedo yo amarlo á vm.? ¡vm. sabe bien que no!.. Con que ¿cual va á ser el término de todo esto? ¡Una desgracia para todos!.. Vuelva vm. en sí : sea vm. para mí el mismo... para él, aquel hermano que Fernando ha amado siempre con una ternura tan profunda... y yo.., ¡qué! ¿no quiere vm. ya ni aun mi amistad?.. ¿Y cómo quiere vm. que yo sea amiga de un insensato que por un capricho rompe y huella los vinculos mas dulces, los deberes mas santos? No... yo no debo volverlo á ver á vm.

si persiste en esa locura; le prevengo á vm. que es menester que nos separemos: yo me iré de Almeria, si vm. no se va... yo se lo juro á vm. ¡Dios mio!.. ya habia yo previsto esta horrible desgracia... pero apenas me atrevia á creerla.

— Vm. habia adivinado mi pasion, exclamó Don Luis. ¡O Clara!... vm. habia visto que yo la amaba, ¡y no me ha mandado alejarme! ¡no me ha arrojado vm. de su casa!... ¡O Dios mio!... ¡Dios mio!...

El pobre insensato se ponía de rodillas, tomaba las manos de Clara á pesar suyo, y, besándolas con delirio, las apretaba contra su corazon, las llevaba de la boca á sus ojos, de los ojos á la boca, y llorando acongojadamente, imploraba su perdon y pedia que le tuviese lástima.

— ¡Dios mio! qué mal me está vm. haciendo, le dijo Doña Clara : por lo que vm. mas ame... por ese mismo amor que le hace á vm. sufrir tanto , alejémonos de aquí... olvidemos lo que ha pasado... no hablemos jamás de semejante delirio... yo le prometo á vm. olvido y perdon, *primo mio*, prosiguió ; pero... vamos... vengá vm.

— ¡Ah! no me llame vm. nunca así, interrumpió Don Luis, que reanima vm. todo mi furor : ese nombre no deja en mi alma mas voluntad que para la venganza y el deseo de matar á ese hombre puesto entre mí y mi felicidad, como el espectro de esa misma felicidad desvanecida.... ¡ Ah! ¡ como lo aborrezco!... Un dia estuve ya para cometer el crimen... ¡ yo le oia hablar á vm. de amor!... Oia ¡ maldito!... ¡ Oia el

ruido de sus besos!... ¡le rogaba á vm. que lo amara! ¡y vm.!... ¡vm.!... Sí, vm. le juraba que SIEMPRE lo amaria!... ¡SIEMPRE!... ¡Ah! ¡cuánto sufrí reprimiéndome para no precipitarme y matar de un golpe á los dos.

Doña Clara dió un grito, y llamó á sus criados; pero sus voces se perdieron en el estruendo tempestuoso de la cascada.

— ¡Dios mio! dice arrodillándose, tened piedad de mí... ¡Salvadme de este furioso!

Don Luis se le acercó, y, levantándola con suavidad, la hizo sentar sobre una piedra cubierta de musgo.

— No me tema vm., le dijo con dulzura: ¿Qué puedo intentar contra vm?.. ¡Ay! contra vm. que es el alma de mi vida, ¡el árbitro de todo!.. Vm. es el escudo

que preserva á Fernando... y vm. es, sí, créame vm., el único fanal que puede guiarme en este mar borrascoso en que me han lanzado las pasiones para perecer.

Al mismo tiempo apoyó la cabeza en sus manos, y comenzó á llorar.

— ¡ Cuando yo pienso el punto de que he partido, cuando mis recuerdos me llevan á aquel tiempo en que yo era bueno, dulce, amable!.. ¡ aquel tiempo en que los afectos dulces y puros constituian mi gloria y la dicha de mi alma!.. ¡ Oh! ¡ cuánto sufro viéndome tan diferente de mí mismo!... ¡ Piedad, Clara!.. ¡ tenga vm. piedad de mí!... ¡ Ay! ¡ yo no soy un malvado!... ¡ Soy, sí, un insensato!... Yo la amo á vm., Clara... la he amado desde el primer día que vi á vm.... Este amor ha permanecido largo tiempo en mi alma sin conocerlo

yo mismo. Yo no sabia que la amaba á vm... creia que ni aun le profesaba á vm. amistad... ¡amistad! ¡Oh! el dia de la boda... ¡el dia de esa fatal boda!.. cuando la ví á vm. arrodillada delante del altar!.. ¡Sí! aquel dia fué el en que al resplandor de las luces que ardian en el altar para su union de vm. con el hombre que amaba mas en este mundo, ví yo de par en par en mi corazon... Yo comprendí entonces, que hacia ya muchos meses que la amaba á vm. con tanta vehemencia como Don Fernando... desde aquel momento, comprendí cuanto habia yo sufrido, y se me hizo patente mi nuevo estado... Conocí que no era el temor de perder la amistad de Fernando el que me privaba del sueño durante la noche y del descanso en el dia... Conocí que lejos de desear esa amistad, que desde

la cuna hacia las delicias de mi vida, la maldecia... ¡Mal hayan! si; ¡mal hayan! ¡él y su amistad!... Entonces se me representó un eterno porvenir de lágrimas y desesperacion... Era necesario tener valor para morir... ¡no lo tuve!... ¡Acuérdese vm. solamente que quise irme é irme *solo!*.. ¿Quién me impidió ejecutar mi proyecto?.. Diga vm., Clara... ¿quién me lo impidió?...

Clara lloraba.

—Pues bien ¿no quiere vm. responderme? prosiguió Don Luis; diga vm., Clara, ¿quién me detuvo entonces?

—¡Ay! ¡yo misma! demasiado lo sé. Pero ¿quién podia, ¡gran Dios! quién podia preveer semejante desgracia?

—Sí, respondió Don Luis como hablando consigo mismo, sí, fué una des-

gracia, ¡ una inmensa desgracia!.. Mi vida está ya arrancada del mundo... y sin embargo mi alma está tan fuertemente inclinada al bien... ¡tenia para mí tanto atractivo la virtud!.. Y ¡ me he vuelto un miserable!.. un infeliz desechado por la naturaleza; porque ¿ cómo podré yo prometerme que tenga vm. compasion de mí, Clara?.. Vm. me desprecia... ¡ Mi vista al fin le será á vm. odiosa!.. ¡ Oh! ¡ dígame vm... dígame que este insensato le excita alguna compasion!..

Se hallaba á los pies de Clara; la luna derramaba desde el cenit su luz pura y blanca sobre el rostro de Don Luis, cuya fisonomía expresiva ponía de manifiesto todo el tormento de su alma, tormento á que la mayor firmeza no podia dejar de sucumbir. Era extrema en aquel instante su

semejanza con Don Fernando; Clara se conmovió, pero permaneció dueña de sí misma.

—Don Luis, le dijo, escuche vm. á una amiga : es necesario partir, es indispensable abandonar á Almeria ; prométame vm. obedecerme, y yo le prometo seguirlo por todas partes con mi pensamiento... rogar por vm. á Dios y á los Santos... y por fin ocuparme constantemente de su destino... pero no puedo cumplir nada de esto hasta que vm. se aleje de mí... Don Luis... no hay remedio, ¡ es necesario marcharse!

— ¡ Jamás! dijo el desgraciado con una voz ahogada por los sollozos, ¡ jamás! — Me será imposible.

— Vm. no cuenta bastante con sus fuerzas, yo salgo por fiadora de vm.; marche vm., amigo mio, y cuente con que á su

vuelta hallará vm. una amiga sincera, apasionada y reconocida...

—No, jamás, lo repito; lo he intentado ya, y no he podido resistir la prueba. Acuérdesese vm. del viage que hice hace tres meses á Madrid... Pues bien, ¡no pude permanecer en la corte! Volví á Granada, y los dos meses que duró mi ausencia estuve allí... cerca de vm., pasando la noche bajo de un arbol, ocultándome de dia en casa de un labriego, y volviendo con las sombras cuando el sol se ponía, para andar alrededor de su casa de vm... A menudo ha tocado mi mano su vestido de vm... Una vez se asomó vm. á la ventana de la galeria con el pelo suelto, y yo me hallaba allí en la espesura de los limoneros... Vm. se asomó un momento sacudiendo sus cabellos... yo los cogí... los besé... Esos

cabellos que aquel hombre ponderaba un dia en medio de su delirio, ¡ah! yo tambien los he tenido junto á mis labios... ¡Oh! ¡cuántas lágrimas me ha hecho derramar esta vida llena de misterios! No es vm. capaz de proporcionarme acaso tanta dicha como la que yo disfrutaba al verla algunas veces pensativa... con la cabeza reclinada en la mano... Yo me decia en medio de mi locura : ¡tal vez estará pensando en mí!.. y ¡con esto era dichoso!

Clara se sonrojó; muy á menudo, en sus desvarios, se acordaba de su amigo ausente; porque amaba á Don Luis como á un hermano á lo menos entonces.

—Esa contemporizacion con su locura es la que lo ha perdido á vm., Don Luis; es necesario no ser tan indulgente consigo

mismo; marche vm., vaya vm. á Francia : allí hallará vm. mugeres muy superiores á mí... ese delirio calmará con la ausencia... lejos de mí, me verá vm. como soy... me verá buena, amante; pero sin ese prestigio de que vm. me ha revestido... marche vm..., amigo mio, vaya vm. á Paris... vea vm. el mundo... y vuelva vm. aquí trayéndome una hermana.

— ¡Así me juzga vm.! dijo Don Luis con amargura, y es vm. misma la que me juzga de ese modo... ¡Ah! ¡Clara! ¡Clara!... no; yo no puedo partir, lo repito... ¿Que teme vm. de mí? Lo único que puede vm. temer es el verme morir!.. Y ¡qué! ¿tan espantoso es el ver morir á un insensato, á un infeliz sin razon, que no interesa á vm. para nada!...

Clara lloraba.

—No me iré, ¡se lo aseguro á vm.! no puedo; déjeme vm. alimentarme con su vista... ¡Jamás le diré que la amo!.. jamás pronunciarán mis labios una palabra de amor, jamás mis ojos implorarán una mirada de los suyos... pero déjeme vm. vivir á su lado... Alguna vez mi mano tocará la de vm., y con esto me contaré mas feliz que con cuantos favores pueda prodigarme cualquiera otra muger!.. Vm. no comprende mi amor, Clara; yo lo sé... Mi amor no es de este mundo... es puro... está en lo mas íntimo de mi alma... está identificado con mi vida... me sobrevivirá. En este amor hay el ether de mi esencia y el de la de vm... por lo mismo, es mas poderoso que mi voluntad y que mi razon... Diga vm., Clara, un afecto como este ¿es capaz de aterrar?... No; ¿no

es verdad?... Así... me dejará vm. cerca de sí... ¡Ah! ¡Clara!.. ¡Clara!.. ¡no tendrá vm. que lamentarse de mí por mucho tiempo!..

El desdichado lloraba, y sus lágrimas abrasaban las manos trémulas de Clara.

—Es necesario marchar, dijo ella por fin; la noche se adelanta, y vm. no querrá que yo me exponga á algun peligro en este paso, Don Luis... Marchemos; mañana volveremos á esta conversacion.

—¡Mañana! dijo él con un aire sombrío, ¡mañana!... ¿Sabe vm. que faltan muchas horas hasta mañana?... ¡Mañana!

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho; Clara padecía, ¡y padecía con todo su corazon!

—¿No quiere vm. venir? poniendo su mano sobre las manos unidas de Don

Luis, y con una voz tan armoniosamente dulce. Vamos, déme vm. su brazo.

Don Luis levantó la cabeza; sus ojos brillaron un momento como habian brillado al entrar en la esplanada; pero aquello duró lo que un relámpago, luego dió un profundo suspiro, y de repente se contrajeron sus facciones, apretó fuertemente la mano de Doña Clara contra su corazon despues de haberla besado.

—A Dios, le dijo, y se lanzó con violencia hácia el borde del precipicio.

Clara dió un grito agudo; y echándole los brazos al cuello, lo atrajó hácia sí con una fuerza que ella misma no creia tener.

—Don Luis, ¿quiere vm. hacerme morir á mí tambien? exclamó poniéndose casi de rodillas delante de aquel pobre insensato; ¡O Dios mio!... ¡Dios mio!...

¿qué le he hecho yo á vm. para hacerme sufrir tanto?...

— ¡Vm. me ha muerto el alma en la flor de la vida con sus dulces miradas y con sus dulces palabras!.. ¡Clara!.. ¡de vm. precisamente me habia de venir semejante desgracia!

Don Luis rompió en llanto, encontró algun alivio en las lágrimas; ese hombre, cuyo caracter habia soportado las posiciones mas penosas de la vida material, sucumbió á una desgracia del alma.

— Vm. tiene razon, Clara, dijo por fin, es necesario marchar... es necesario volver á entrar en la vida que habia abandonado. Yo vuelvo á entrar en ella al eco de la voz de vm... ¡Dios mio! ¿y qué me dará vm. en recompensa del yugo que me impongo, de este yugo de desgracias y de tormentos

que lleva consigo tan larga agonía?.. Sí, ¿qué me dará vm.?.. ¡á lo menos su compasion!.. Pero no... no la quiero... Dígame vm. que no tiene lástima de mi martirio... Esa limosna del corazon es demasiado humillante para el amor... prefiero el odio mas encarnizado.

—No, vm. no prefiere el odio de quien lo puede amar, Luis... ¿Qué dice vm. de compasion?.. yo puedo darle á vm. una gran parte de mi alma... Si no puedo aceptar en vm. al amante, puedo amarlo como á un hermano... Luis, créame vm., esta parte es aun muy bella.

—Cierto, ¡cuando no se tiene amor! ¡La amistad es mas cruel que la indiferencia, cuando se ama como yo amo á vm., Clara! pero vm tiene acaso razon. Marcharé, me alejaré de Almeria, me retiraré á

los mas remotos climas, me iré á habitar un desierto; y si algun dia llega á los oidos de vm. que un desconocido ha muerto en alguna parte... en una espantosa soledad... pronunciando el nombre de vm., vm. me reconocerá, y me llorará, ¿no es verdad, Clara? Si, me llorará, porque habré muerto digno de vm. y de Fernando.

Al pronunciar este último nombre, perdió el color, sus labios se contrajeron, y en un momento se desnudaron sus facciones, dejando ver en ellas una expresion de encono espantoso; volvió á mirar al precipicio cuya profundidad no ofrecia entonces á la vista mas que un inmenso vacío negro y funeral, y despues, dirigiendo sus ojos al dulce semblante de Clara que lloraba blandamente mirándolo :

—Partamos, dijo... yo padezco aquí...

¡la tentacion es demasiado vehemente!...

Bajaron en efecto silenciosamente por el sendero pedregoso de la montaña; cuando llegaron abajo, Don Luis ayudó á Doña Clara á montar á caballo, y tomaron el camino de Granada, con el mas hermoso tiempo que se puede desear bajo aquel cielo de delicias. Era hácia fines de agosto. Frutos por todas partes, por todas partes flores, por todas partes, en fin, una nueva primavera daba á los árboles y á las plantas la mas agradable perspectiva: Clara no podia dejar de sentir aquella agitacion que existia en la misma naturaleza; experimentaba una turbacion que deseaba alejar de sí; pero que volvia á apoderarse de su espíritu; sufría sin sufrir; ¡no podia comprender tan extraño misterio! El camino se pasó en silencio. Don Luis cami-

naba detrás de la marquesa, dejándola entregada á sus meditaciones; él mismo no podia sustraerse al poderoso imperio de la emocion que se apoderaba de su vida á cada momento, y que entonces obraba aun con mas actividad. Le hubiera sido imposible hablar á Doña Clara sin arrojarse á sus pies; habia traspasado la barrera que el deber y el honor habian colocado entre él y la muger de su hermano, ¡de su idolatrado amigo! Ahora; ¡desgracia para él! ¡desgracia para todos!.. pues que ya no existia aquel freno. Él mismo se estremecia al borde de aquel abismo que se habia abierto en su lugar; y sin embargo hablaria aun si Doña Clara se hallase sola con él, en un desierto en donde le pudiese repetir que la amaba, sin mas testigo que Dios.

Doña Clara caminaba con lentitud, sin

reparar en que el camino era largo y se habia hecho muy tarde. Pero las reflexiones en que estaba absorta eran de tal naturaleza, que no sabia ni por donde ni como caminaba. Aquel misterioso terror que ella sentia desde su matrimonio, lo hallaba explicado por la terrible confesion de Don Luis; ¡Don Luis la amaba! A este pensamiento, ¡le parecia que le seguia el incesto! ¡Oh! ¿qué triste porvenir acababa de revelarle aquella palabra impia? ¡Y Don Fernando que dejaba á su muger entregada así al cuidado del que debia ser en efecto un fiel amigo para con ella, y que meditaba la deshonor de su casa!... Cuando estos pensamientos se agrupaban alrededor del que hasta entonces no le habia proporcionado sino placer... alrededor de su amor, entonces le hacia casi perder el jui-

cio, la fuerza del dolor, y sus ojos cubiertos de lágrimas no acertaban á distinguir el camino; oía ruidos extraños, le parecia caminar en medio de una tempestad, y aun dudaba algunas veces si algun sueño infernal no se habia apoderado de sus sentidos.

Sin embargo la noche estaba hermosa, hermosa como una noche de Andalucía, cuando la luna ilumina con su lánguido rayo sus llanuras embalsamadas, sus riberas floridas, aquel paraiso encantado en que parece que la naturaleza duplica las facultades para ver y disfrutar. Subian dulces y fragrantés auras de las orillas del rio, y venian á envolver á Clara con su suave frescura por el camino que seguia á lo largo del repecho de la montaña. Quitóse el sombrero, y moviendo la

cabeza, dejó á merced del viento los cabellos que cubrian su frente.... La luna resplandecia en su lleno y daba á su lindo rostro una expresion melancólica y animada que la hacia hechicera. Al verla, se estremeció Don Luis; aproximó insensiblemente su caballo al de la marquesa, y acabó caminando junto á ella. Al notarlo, hizo Doña Clara un movimiento; ¿qué emocion fué la que lo produjo? Ella misma lo ignoraba... Don Luis no le habló; la seguia como uno de sus criados, sin pronunciar una palabra; cuando hacia galopar á su caballo, él se hallaba inmediatamente á su lado; cuando se detenia, Don Luis refrenaba el suyo, y lo obligaba á no ir mas ligero que el de la marquesa: entonces la miraba, seguia su sonrisa, y observaba sus miradas, cuando, llena de emocion en vista

del delicioso pais que recorrian, volvia sus grandes ojos negros, anegados en lágrimas que brillaban á manera de perlas por sus megillas torneadas y pálidas, con aquella palidez animada tan peculiar de la España; luego admiraba la graciosa morbidez de sus movimientos, cuando su flexible cuerpo se dejaba ir á compás de los de su caballo. Todo el deleite andaluz se hallaba allí reunido con el mayor donaire de una muger elegante... Su corazón latia con delirio... — ¡Y qué esta muger no me haya tocado en suerte! murmuraba entre sí; ¡ah! ¡maldito seas Fernando! ¡maldicion y desdicha caigan sobre tu cabeza! ¡Yo te aborrezco! ¡yo te maldigo! El afecto, la paz han huido para siempre de mi corazón, todo se ha cortado, yo no puedo vivir sin esta muger, es necesario que sea

nia, es indispensable que me ame... Tú... tú debes morir.

Pero, á esta palabra pronunciada por la pasion, el infeliz se estremeció y retrocedió aterrado. El crimen no se anidaba en su alma; solo existia en aquel amor, arrojado así en medio de su vida, para la desgracia de tres personas, que sin él hubieran sido dichosas.

Al dia siguiente de su vuelta á Almeria, Clara deseó tener una entrevista con Don Luis; pero este la evitó.

— ¿Que exige vm. de mí? le dijo, ¿obligarme á abandonar á Almeria? *yo no quiero*, y la voluntad de vm. no será bastante eficaz para precisarme á ello. Si vm. quiere hablarme, consiento en ello; pero tambien vm. me oirá á su turno... vm. me escuchará... ¿Consiente vm.?

— ¡Insensato!.. y ¿qué espera vm.?

— Yo mismo lo ignoro... Pero ya que he hablado... ya que vm. sabe mi secreto, no será esa sola falta la que vm. me pueda echar en cara... vm. me oirá... vm. oirá constantemente esas palabras de amor que queman y devoran... ¡vm. verá el infierno que habita en mí!.. ¡vm. verá la rabia que una pasión enciende en el corazón de un hombre que sabe amar!.. ¿Es por ventura mi amor como el de Fernando?

Al explicarse así, hizo un ademán de desprecio.

— No, no, mi culto es más digno de vm. Yo amo á vm. como Clara debe ser amada... ¡con pasión,.. con delirio!..

— Yo no puedo escuchar á vm., Don Luis, dijo Doña Clara levantándose, yo le había prometido á vm. mi indulgencia, pero

con condicion de un silencio eterno... Vm. me habia empeñado su palabra de obedecerme... ¿Así cumple un caballero su promesa?

Don Luis la miró con una expresion que la hizo temblar; la pobre criatura se vió próxima á un peligro que ignoraba, pero que le ponía de manifiesto cuanto tenia delante de sí, y le hacia temblar de horror. En medio de su terror su inexperiencia no le sugirió mas que un solo apoyo.

— Don Luis, dijo con una voz trémula á su primo, vm. me obligará á contárselo todo á Don Fernando.

— ¡Oh! exclamó Don Luis, cuánto me alegraría!.. ¡Oh! si supiese vm. lo que yo le aborrezco!.. ¡qué sed tengo de su sangre!.. como deseo buscarlo, batirme con él y acabar por fin con una vida miserable,

ó arrancarle la suya... ¡la suya!.. que miro como causa de la desgracia de la mía, y que quisiera tener *ahí, en este momento...* á la punta de mi puñal.

Clara dió un grito : estaba pálida y temblaba. Don Luis se precipitó á sus pies y prorumpió en lágrimas.

— ¡Perdon! perdon!.. pero ¡si vm. supiese lo que yo sufro! ¡Oh! piedad! piedad!..

Clara arrancó con violencia su vestido de las manos de Don Luis.

— Vm. me causa horror, exclamó saliendo del cuarto : no vuelva vm. á presentarse delante de mí... marche vm. al momento de Almeria, y no vuelva jamás, porque excita mi encono y mi desprecio; ¡mi maldicion caiga sobre ese afecto que vm. me profesa!!!

Don Luis permaneció algún tiempo aterrado bajo el peso de aquella maldición; le parecía que hasta entonces no habia sido desgraciado. Antes sufría, pero esperaba; y ¿qué amor no espera?... mas ya *¡odio y desprecio!* he aquí lo que inspiraba!.. y con qué sangre fría ha pronunciado esas terribles palabras : *¡yo te maldigó!!*

El desdichado se levanta como insensato á fuerza de dolor; corre á su cuarto, escribe rápidamente algunas líneas, las entrega al primer criado de la marquesa que se le presenta, con orden de no entregárselas, hasta despues de algunas horas, va él mismo á las cuadras, hace ensillar su caballo, y solo, sin decir por qué parte se le podría buscar, sale de Almeria á la entrada de la noche que comenzaba con una violenta borrasca.

« ¡Yo parto!.. escribia el desgraciado ;
¡yo no sé á donde voy !.. pero la maldicion
de vm. me seguirá por donde quiera : seré
infeliz en todas partes. ¡O Clara! si yo soy
culpable, ¡ vm. es cruel ! A Dios, sea vm.
dichosa : ese es mi último deseo!.. ¡per-
don... y piedad!..

La lectura de esta carta hizo temblar á
la marquesa; sus manos se le quedaron he-
ladas y trémulas, de modo que ni aun po-
dia tener el papel.

— ¡Dios mio! dijo llorando, ¿que va á
ser de él?

Y cada vez que el antiguo castillo se cim-
braba á los embates de los repetidos golpes
de la borrasca, juntaba Clara las manos y
rogaba á Dios por el viagero Abrió la ven-
tana de la galería que daba sobre Granada
y dejaba ver la Alhambra, cuyas viejas tor-

res parecian desde aquella distancia unas fantasmas á la luz del macilento resplandor de los relámpagos. ¡ La torre de Comares, lugar de sus frecuentes paseos, se distinguia descollando por encima de las demas!.. Tambien se descubrian las cúpulas brillantes del Generalife, ¡ aquel lugar de delicias que tan frecuentemente habian recorrido juntos!.. Sus ojos vagaban errantes de uno en otro edificio, sin cesar de llorar; sentia en su corazon una viva pena, una de aquellas penas que no tienen nombre, pero que acaban por hacerse conocer y se manifiestan con palabras siniestras.

El marqués volvió de Sevilla. Estaba ya informado de la partida de Don Luis, y habló de ella á Doña Clara con cierta aspereza, insinuándose en términos que indicaban su persuasion de que no solamente

habia sido Don Luis tratado por ella sin la consideracion que merecia por su persona, sino que Doña Clara habia sido poco afectuosa con el mas precioso amigo que hubiera tenido don Fernando.

— Bien me habia apercibido hace mucho tiempo, dijo el marqués, que no amabas á Don Luis... Esa antipatia, por lo demás, no la acierto á excusar, porque es imposible tener mas gracias de ingenio ni mas elegancia de modales; esa antipatia la conocí palpablemente el dia de nuestra boda... ¡él mismo la conoció y no queria venir aquí!.. Esto no puede pasar así, Clara, añadió caminando con emocion por el cuarto: yo te amo, y te amo con pasion... tú lo sabes... pero amo á Don Luis con una profunda ternura... Este afecto, debes saber, que lo hemos mamado con la leche...

Nuestras madres eran hermanas y se amaban lo mismo que nosotros. Ambas se casaron con dos hermanos que se profesaban entre sí igual afecto, y fué el que produjo aquel doble matrimonio. Los dos hermanos que se amaban tanto, se enamoraron al ver la amistad exaltada de las dos hermanas, que se habian prometido no casarse sino con hombres que jurasen no separarlas. Así es como se verificó esta doble union. Antes de acabarse el año, nuestras dos madres nos dieron á luz á Don Luis y á mí; nacimos con tres dias de diferencia. Mi madre crió á mi primo, y mi tia me crió á mí. Desde aquel dia hasta el en que te conocí, Clara, jamás me he separado de él... Nos amábamos con una ternura tan perfecta, que por mucho tiempo creimos que podia bastarnos. Solo viéndote, pude

conocer que habia una dicha superior á la amistad que nos unia. Pero ¿qué importa?.. ¿no podia ya amarte y conservar mi amigo?

El marqués estaba vivamente conmovido. Clara se aproximó á él, y, tomándole los manos :

—Amigo mio, le dijo, tú eres injusto para conmigo; jamás ha escuchado Don Luis de mi boca otras palabras que las que tu muger debia decirle. Ademas ¿qué razones podia yo tener para alejarlo de tí?

—¿Lo sé yo, por ventura, Dios mio? ¡Tú eres joven y muger!.. tú quieres dominar... acaso temias que Don Luis fuese un obstáculo á tu imperio sobre mí, y, por esos pequeños zelos, que yo sé existen en todas vosotras, has aburrido á Don Luis. ¡Él se habrá apercibido de tu frialdad y se

habrá marchado!.. Me has dado una pesadumbre cruel, Clara.

— Pero, ¡por todos los santos! créeme cuando te digo que eres enteramente injusto conmigo en este punto, Fernando, dijo Clara con las lágrimas en los ojos: yo no tengo culpa alguna de la marcha de Don Luis; dia vendrá en que sepas la causa... Por ahora, solo puedo decirte que nada he hecho que pueda herir el cariño que le tienes, y el mismo Don Luis puede responder y dar testimonio de esta verdad.

Don Fernando echó una mirada irritada á su muger, y le dijo:

— ¿Y si yo te enseñara *escrito de su mano* que *tú* eres la causa de su ausencia?

— ¡Yo! interrumpió la marquesa, cuyo semblante se habia cubierto de palidez con el temor de que el insensato no se hubiera

acusado á sí mismo, y que el marqués no llegase al cabo á comprenderlo.

— Sí; tú misma... toma... lee... y le dió una carta de Don Luis escrita el mismo dia de su salida de Almeria, y reducida á estos renglones.

« Yo abandono Almeria, Fernando, lugar en que fuimos tan felices durante nuestra infancia y nuestra juventud, pero á que no volverán dias tan apacibles. Yo, por mi parte, nunca volveré á verlo. —Pídele la explicacion de mi destierro á Doña Clara. A Dios. »

La marquesa no pudo responder por largo rato; al fin levantó la vista y reparó en los ojos de su marido que, clavados en ella con atencion, empezaban á tomar una expresion singular; al instante vió lo que podia resultar, si aclarara aquel misterio

horrible un destello de luz, y apresurándose á prevenir otra pregunta, dijo al marqués con una sonrisa dolorosa.

— En efecto, aunque involuntariamente yo soy quien ha puesto esa barrera entre vosotros dos. Don Luis no cree que su amistad halle en tí una entera confianza, no siendo él tu único afecto... Deseaba confiarte un secreto; me ha dicho que tú no lo escuchabas, y ha preferido tomarme á mi por confidente.

— ¡Oh! exclamó el marqués, ¿con que Don Luis está enamorado?.. Clara, ¿no te engañas?

La marquesa hizo un movimiento de cabeza afirmativo; mas le fué imposible asegurar con los labios una falsedad.

— ¿De veras? prosiguió Don Fernando enagenado de gozo. Me parece que veo ya

á otra Clara, y que la felicidad de Don Luis renueva la felicidad de mi vida... Pero no me dices el nombre de la que ama, Clara.

— Yo no soy dueña del secreto, contestó ella con voz desmayada.

— Tienes razón... y con todo... El marqués no acabó, cubrió su semblante un velo de tristeza : esta era la primera vez que Don Luis le habia ocultado sus secretos. La idea de su reserva lo afligia, y aun estaba como zeloso de su muger, porque poseia el secreto de su primo. Pero ¿no habia tenido él ocultos toda una semana sus amores con Clara? Ese recuerdo que le volvia su equidad natural le hizo sonreirse tristemente : tan cierto era que concediendo que Don Luis no hacia sino lo que él habia hecho, no dejaba por eso de resentirse de su falta de confianza. Sin embargo estas ideas

no tardaron en desvanecerse, y ceder á pensamientos mas risueños de un porvenir dichoso. El marqués se sentó junto á Clara, y cogiéndola de las manos y mirándola con amor, le dijo :

— ¡Clara, te agradezco la noticia que me acabas de dar!.. te la agradezco de todo mi corazon... Veo en ella un motivo de júbilo y el aumento de nuestra felicidad; porque yo conozco á Luis, y no amaré sino á una muger digna de él y digna de tí, Clarita mia, puesto que debe ser tu hermana. ¿La conoces tú?

Clara hizo con la cabeza una señal afirmativa, pero tampoco pudo hablar.

— ¿Es bonita?

— Las mugeres somos malos jueces en semejante causa, dijo Clara con una voz trémula; porque le parecia que estaba ha-

ciendo un papel odioso, y maldecia la locura de Don Luis que la habia conducido á aquel extremo.

—Ahora sí que seremos felices, dijo Don Fernando con emocion; ¡Qué dicha encerrará esta casa!... ¡Cómo bendicemos en ella cada día mas la Providencia! Pero ¿será él tan feliz como yo, Clara?... y Don Fernando la acercaba á sí y le besaba la frente.

— ¡Qué hermosa eres, amor mio! le decia con voz balbuciente á fuerza de emocion; ¡qué graciosa es toda tu persona!...

Besaba sus hermosas y blancas manos, esparcia los rizos perfumados de sus cabellos, desembarazaba su frente blanca como el marfil, y la cubria de caricias apasionadas.

— A fe que eres hermosa, Clara, eres

hechicera... y sin embargo no es tanto tu hermosura lo que me induce á amarte, como ese corazon amoroso, esa alma ardiente que tan bien sabe sentir... Ademas que tú tambien me amas : sí ¿no es verdad? ¿me amas, angel mio? ¡Clara mia idolatrada!.. pues entonces ¿por qué ocultarte? por qué ruborizarte?.. Mirame.. mira á tu amigo... ¡dile que lo amas!.. pon tu mano sobre mi corazon... siente como late... solamente tus miradas, la presion de tu mano producen tan dulces palpitaciones ;Oh! cuánto te quiero, amor mio!.. mira el dia,el sol se ha puesto ; apenas distinguo el color de tus ojos, y sin embargo , cuando me fijo en ellos, se apodera de mi un deleite profundo... Déjame besar tus cabellos, tus ojos, esos párpados tan largos y tan suaves... Pero sobre todo, ponte aquí

junto á mi corazon y dime que nuestro amor te hace dichosa. Habla; ¡dime una sola palabra de amor!.. Que escuche yo tu voz.

— ¡Oh! dijo Clara movida con aquel amor tan tiernamente expresado, ¡Fernando mio!.. Sí; soy dichosísima en amarte y en ser amada de ti.

Tan feliz momento fué interrumpido por un ruido extraño que se oyó en una de las ventanas de la galería. Esta ventana caía sobre una parte del jardin que subia en declive hasta el piso de la casa, y llegaba casi á la altura del balcon, que por este medio se hallaba tocando al suelo, mientras los otros distaban algunos pies. El crepúsculo de un hermoso dia derramaba aun sobre los objetos una luz dudosa, y comenzaba á confundir sus matices. A favor de esta escasa claridad, la marquesa vió un

brazo que separaba las ramas indóciles de los naranjos que habia delante de la ventana, y luego la cabeza de un hombre que parecia tener el intento de escalarla. Desde que reinó el silencio en la galeria, el ruido de las hojas quebradas llamó la atencion de Clara. Al ver aquella forma humana diseñarse entre las sombras hácia la faja de fuego que formaba el horizonte, al momento concibió Clara una horrible sospecha... Dió un grito... y se desvaneció la aparicion por entre el florido zarzal que la volvió á ocultar, mientras que Clara atraia á Don Fernando que la tenia temblando en sus brazos, y le rogaba saliesen de la galeria.

— Pero en suma ¿qué es lo que has visto?

— ¡Un hombre!

— ¡ Un hombre en el jardín !

Y retirando al punto á la marquesa, cerró la ventana que ella estaba aun indicando con la mano, y salió corriendo para hacer con sus criados una pesquisa en el jardín. Apenas había salido, cuando Clara, cuya razon se habia turbado por la aparicion de Don Luis (porque no dudó que fuese él) se abalanza á la ventana, la abre, y dice con una voz prolongada, pero ahogada.

— ¡ Huya vm. miserable, huya vm. ! por mí misma : yo prometo rogar á Dios por vm. dia y noche.

Se pone de rodillas, el rostro cubierto de lágrimas; ruega, y extiende las manos hácia el parage en donde cree apercibir á Don Luis. El naranjo se agita, y por entre las hojas, se apoderan de las manos de

Clara, ¡y una boca de fuego las comprime! De repente queda todo en el mas completo silencio, y la calma de la noche envuelve de nuevo los jardines de Almeria. Clara cae anonadada en los almohadones, experimentando una emocion desconocida y pareciéndole que sufría una inquietud vaga, fatal presentimiento de desgracias. Lloro, ruega, y en este estado la encuentra Don Fernando.

— ¿Cómo, has abierto esta ventaña? le dijo: ¡qué imprudencia! Ese hombre podia haberse introducido aquí mientras lo perseguíamos.

— Tenia una grande inquietud, le dijo Clara temblando; temia por tí, y me he puesto á la ventana para oír mejor.

El marqués no tenia ningun motivo para estar zeloso; sin embargo, por un momento

tuvo cierta incertidumbre sobre lo que debía pensar acerca de aquella aventura. El lance por sí mismo nada era; nada había mas sencillo; mas la turbacion de Clara era otra cosa. Se hallaba allí, en los almohadones, pálida y temblando, el rostro anegado en lágrimas y la fisonomía alterada por el sacudimiento que causa un interés poderoso. Don Fernando que no había hallado á nadie, notó sin embargo señales evidentes y frescas de que había pasado un hombre por los sitios del jardín que rodeaban la galería. Esta aventura lo tuvo caviloso algunos dias; si bien la confianza que tenía en su muger era tan completa, y su conducta tan admirablemente ejemplar, que luego se desvaneció semejante impresion; y habiendo nombrado la reina al marqués de Benavente para hacer

el servicio cerca de su persona, como servicio extraordinario durante las fiestas que se ejecutaban en Sevilla en celebridad de la paz de 1805, partieron ambos de Almeria en la mejor armonía aparente.

Empero un sentimiento extraño se habia apoderado del alma del marqués. Culpa á Doña Clara del álejamiento de Don Luis : atribuia su enemistad por su primo á la ambicion de dominar que suponía en Clara como en todas las mugeres, y sufría al pensar que, por satisfacer tan mezquina pasión, entibiaba con ligereza los corazones de dos hombres que jamás hubieran debido experimentar la menor frialdad en su afecto. Estaba cierto en su interior de que Don Luis se habia alejado de Almeria por la indiferencia de la marquesa; aquella confianza de un amor de que jamás habia

oído hablar á su primo, le parecía una fábula inventada para disimular... acaso un insulto. El empeño de aislarlo de todo otro afecto para no volverle amor por amor, porque él amaba demasiado á Doña Clara para no apercibirse de que no era completamente correspondido, lo irritaba y le causaba una especie de sentimiento extraño, como he dicho ya, que combatía en su alma con el amor apasionado por una muger que no le permitía un afecto que se sus trajera á su dominio. Estaba á menudo caviloso, triste; Clara se aproximaba entonces á él y le preguntaba con dulzura qué tenía. Mucho tiempo estuvo sin responderle : una especie de pudor le impedía el confesar lo que pasaba por él. Por fin la ausencia de Don Luis llegó á hacerlo insostenible; sintió sobre todo la amargura de

su posicion cuando, herido en su amor por la exigencia de su pasion, vió ó creyó ver que no era ya amado con la misma vehemencia con que lo habia sido el dia de su matrimonio. El amor desgraciado es seguramente la pasion que mas necesidad tiene de confianza; la ambicion engañada, todo cuanto agita el corazon del hombre, no es comparable con los trasportes de amor que desgarran y hacen llagas sangrientas y dejan cicatrices que son dolorosas.

Un dia, despues de la vuelta de Madrid, estaba sentado el marqués en aquella misma galeria en que de continuo solia estar la marquesa; la miraba y notaba con un terror zeloso que estaba pálida y melancólica. La cabeza apoyada en la mano, miraba las torres de la Alhambra y el cimborrio de Santa Elena que se veia brillar al resplan-

dor de los últimos rayos del sol, mientras que en la basa de la montaña sobre que está construida la fortaleza, daba ya la sombra. Se adivinaba mas bien que se veia aquel delicioso paseo que sirve como de vestíbulo á la antigua morada de los reyes moros. No hay otro camino para ir á la Alhambra, y al recorrer los senderos sombríos abiertos en medio de las rocas cubiertas de musgo regado por arroyuelos, cubiertos de sombra por añosos robles cuyo ramage agita sin cesar un aura embalsamada, se experimenta de antemano todo el encanto á que es preciso abandonarse cuando se llega á la Alhambra, antigua mansion de los reyes africanos á quienes debemos las artes, el valor noble y generoso de la caballería, el rendimiento para con las mugeres, y las nobles ideas de amor. Todo

es gracioso en los recuerdos de la Alhambra, todo rie bajo aquellas bóvedas en que resuenan todavía cánticos de guerra y cuentos de amor.

Don Luis habia llevado con frecuencia á Doña Clara á aquellas soledades, en que la credulidad popular hace oír ruidos siniestros y ver espantosas apariciones; recorrian sin temor el patio de los leones, la sala de los Abencerrages, las de las Dos Hermanas, el jardin de Lindajara, y la famosa torre de Comares, la mas alta, la mas magnífica de la Alhambra, en donde se daban aquellas fiestas de que los Moros fueron inventores en Europa. Allí, se veia, despues del torneo á las mugeres que eran amadas distribuir los verdaderos premios de la valentía: allí se veia, segun una tradicion confusa, el valor de las mugeres superior al

de los hombres, de cualquiera nacion que fuesen; al contrario excitaba á estos la esperanza de una recompensa, que se reducía con frecuencia á una simple mirada, á una palabra, á tocar una mano; y, si llegaba aquella á ser estrechada, se daba la vida por semejante favor.

Don Luis habia pasado su infancia en Granada, en donde se hallaba establecida su familia, como tambien la del marqués. Almeria, morada solariega del primogénito de aquella casa, habia sido su cuna como la de su primo. Habia recorrido en su niñez los mas secretos rodeos de la fortaleza árabe y del Generalife, sitio de amor y de placer, destinado al retiro de un gran rey; porque es preciso ser un hombre grande para abandonar la soberanía por las artes y el reposo. Don Luis, cuyas ideas

generosas y liberales se habian anticipado á su edad , comprendia maravillosamente cuan hermosa era aquella conducta, y explicaba con fuego aquellas particularidades de la historia árabe á la marquesa, cuando el marqués estaba en su regimiento y la dejaba encomendada á sus cuidados. Aquellos recuerdos la conmovian tambien y no veia que su marido la observaba con ojos escrutadores como si preguntara á su alma qué pensamientos eran los que la ocupaban. Don Fernando acababa de concebir por la primera vez una horrible sospecha. Vió su deshonra en la traicion de Clara. Esto era sin duda lo que ella queria ocultar á Don Luis cuyo celo fraternal debia haberlo adivinado todo. El marqués se levantó, y aproximándose á la marquesa :

— Estás muy melancólica, Clara, le di-

jo con una expresion que quiso hacer seria , pero de que no se apercibió ella. ¿Qué tienes? ¿eres desgraciada? ¿Cuál es el motivo de esa preocupacion que te domina?.. ¿A qué viene esa tristeza sin motivo? ¿Soy yo la causa de ella? Vamos ¿qué tienes?

La marquesa se estremeció.

—No tengo nada, dijo levantándose, nada absolutamente. Acaso la separacion total de mi familia es la que me produce esta tristeza que me echas en cara, y de que, por mi parte, yo misma no me apercibo :

Al decir estas palabras, se sonrió con los ojos arrasados en lágrimas ; se acercó á su marido, y echándole los brazos al cuello, lo abrazó con ternura ; era la primera vez que, por sí misma, le hacia una caricia. Don Fernando, como todos los que aman

con pasión y que están zelosos sin motivo particular, sintió desvanecerse hasta la sombra de la duda que habia concebido algunas horas antes; miró á Clara con amor. ¡Estaba tan hermosa, tan atractiva! y se notaba además en ella una expresión enteramente nueva que la embellecía, como si una cosa extraña la ocupase. Don Fernando se lo hizo observar; ella se sonrojó, é, inclinándose hácia él, escondió la cabeza contra su pecho, y le dijo quedo, bajando los ojos :

— Amigo mio, perdóname la desigualdad de mi humor; no es falta mia. Tu vieja ama de gobierno, la dueña de tu madre me decia esta mañana misma que se muda el caracter cuando se está...

— ¡Oh! exclamó Don Fernando embriagado de júbilo, abrazando á su muger, Clara

mia, ¡amor mio! ¡mi idolo querido! ¡Oh! acaba lo que ibas á decirme; ¿vas á ser madre? ¿no es verdad? ¡Vas á darme un hijo! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo os doy gracias!...

Y poniéndose de rodillas, oró con un fervor religioso, porque sentia doblemente su dicha.

Desde aquel dia, todas las sospechas que habian oscurecido su alma se desvanecieron ante la certeza de una felicidad para lo presente y para lo venidero, de una felicidad que debia ir siempre en aumento. La conducta de Doña Clara era por otra parte tan regular, que el marqués debió convenirse que no habia habido el mas leve motivo para las sospechas que lo habian atormentado. El tiempo del embarazo de la marquesa pasó pacíficamente... y... hácia

la primavera dió á luz con toda felicidad un hijo á quien, de comun acuerdo, pusieron el nombre de Luis.

Cuanto mas feliz era Don Fernando en su interior, era mas vehemente su deseo de volver á ver á su primo, escribia á todas partes donde podia esperar que lo encontrasen ; pero sus cartas quedaban sin respuesta. Iba ya perdiendo las esperanzas de verlo, cuando un dia oyó decir que un Español habia hecho proezas de valor en los ejércitos de la república francesa, y que habia sido herido ; aunque el nombre no le correspondia , pues se llamaba Don Pedro de Asumar... Podia empero ser el mismo Don Luis, que queriendo sustraerse á las investigaciones de sus amigos, hubiese mudado de nombre. Entonces ¿á qué tal misterio? Don Fernando creia en efecto

que un amor desgraciado por una muger que él no conocia, habia trastornado la vida de su primo, y esta incertidumbre lo atormentaba. Por fin, se determinó á escribir al ministro de negocios extranjeros y al de la guerra. Este último paso sobre todo es el que hubiera debido dar desde luego. Es claro que Don Luis no podia disponer de su persona sin particular permiso de su rey. La España, que estaba entonces en perfecta armonía con la Francia, habia debido concedérselo en efecto, y Don Fernando escribió, suplicando al ministro de la guerra le dijese la *verdad*. El ministro le contestó que habia dado su palabra á Don Luis de no revelar el secreto de su nuevo nombre; pero que Don Fernando no era del número de aquellos de quienes debiese temer que Don Luis quisiera huir.

« Su primo de vm., escribia el ministro, ha pasado como voluntario á la guardia del primer consul, y se ha distinguido de tal manera que el general Bonaparte ha querido verlo, y le ha regalado por sable de honor el que llevaba en aquel mismo dia. Parece que Don Luis tiene algun violento disgusto que le hace mirar la vida con tal desden que la expone á una bala, como podria exponer una suma de dinero á una carta. Suplico á vm. que le escriba. El rey puede al fin darse por ofendido de que uno de sus súbditos abandone así su patria, para derramar su sangre por un pais extranjero. He conocido un tiempo, mi querido Don Fernando, en que su primo de vm. ni aun hubiera soñado siquiera en alejarse de Madrid sin la compañía de vm.; pero vm. le ha dado antes el ejemplo.

A propósito, reciba vm. mis cumplimientos por el feliz alumbramiento de la marquesa. La casa ilustre de Benavente está asegurada ya por un renuevo que perpetuará su nombre : el rey de España tiene un noble súbdito mas y vm. el complemento de su dicha. »

Don Fernando, gozoso con saber cual era la suerte y paradero de Don Luis, fué corriendo á anunciarle á Doña Clara las noticias que acababa de recibir.

—Y ¿qué piensas hacer? le preguntó la marquesa.

—¿Eso me preguntas? respondió el marqués entrando en el gabinete de Clara. Voy á escribir á Don Luis, y hacer llevar la carta á uno de mis criados para que no experimente ninguno de los hazares del correo. Al presente se halla en Italia... en

Mantua... Le escribo que no pierda un momento, y que pida su licencia en el mismo instante; sirve como voluntario en el estado-mayor del general Berthier... Escribiré tambien al mismo general, á fin de que su vuelta no sufra ningun retardo. Ahora que ya sé donde está, me parece que no viviré hasta el momento que esté entre nosotros... ¡Pobre Luis! ¡qué feliz será! ¡Me hallará rodeado de lo que él ansiaba para mi dicha! ¡una muger, un hijo!.. ¡Oh! ¡sí! ¡será muy dichoso!.. porque me ama por mí solo...

Al decir estas últimas palabras, dirigió una mirada á Doña Clara que la oprimió y le hizo sonrojarse.

—No puedo menos de repetirte lo que te he dicho siempre, *eres injusto conmigo*. Nada tengo que echarme en cara, y Don

Luis no puede acusarme. Algun dia yo tambien hablaré : déjalo que responda, dijo la marquesa.

— Pues bien, añadió Don Fernando poniéndose de rodillas delante de su muger, y tomándole las dos manos, pues bien, escúchame... ¡quieres probarme que no tienes ningun disgusto con Luis!

— Ciertamente, si es posible sin faltar á la decencia.

— ¡ Qué idea ! cómo te puedes persuadir, Clara, que exigiria yo de tí un paso semejante ! No... se trata solamente de una carta escrita por tí, Clara mia... una carta dictada por tu corazon bueno y amante, ¡ ese corazon enteramente mio, que sabe cuanto yo sufro con la ausencia de mi amigo, de mi hermano !.. Pídele que venga á hacernos felices á los dos... ¡ Dile que ven-

ga á abrazar á un hijo que será educado por tí y por mí en casa de su tío, de su segundo padre!.. ¡Escribe, Clara mia!.. y yo te amaré con un amor mas intenso, si cabe, que el que te profeso.

Al escuchar á Don Fernando, Doña Clara se sintió desfallecer. La vuelta de Don Luis envolvía ya en sí un porvenir siniestro; pero ¡llamarlo ella misma y decirle palabras dulces que él tomaría en su delirio por palabras de amor!.. La marquesa queda meditabunda, piensa, duda; Don Fernando se levanta echando sobre ella una severa mirada que parece pedir una terrible verdad á su alma.

—Pues bien, señora; si vm. no quiere hacer lo que yo le pido como un favor, YO QUIERO que vm. lo haga como una obligacion que le impongo. El hermano de

mi corazón, mi único amigo, ha estado demasiado tiempo desterrado de esta casa que era para él la casa paterna; los caprichos de vm. son los que lo han alejado, y mi funesto amor el que me ha privado de cuanto yo amaba. Yo lo he afligido, lo he herido, y el desdichado no hallando en vm. una hermana, y habiendo perdido por vm. un hermano, se ha ido á buscar la muerte á una tierra remota y extranjera!.. ¡O Luis! soy demasiado culpable para contigo!.. Y Don Fernando dejaba caer su cabeza sobre sus manos, y lloraba lágrimas ardientes. Clara sufría en su corazón, y, en aquel momento, casi aborrecía á Don Luis, viendo á aquel hombre, á quien habia dedicado á su encono y á su puñal, darle el nombre de hermano y echarle á ella en cara la desgracia de ambos.

—Pues bien, dijo al marqués, voy á escribir á Don Luis... le escribiré con toda la amistad que tengo por un hombre que tu noble corazon sabe amar tanto. Créeme, Don Fernando, que no estoy menos ligada que tú al que debe amarte como tú mereces serlo.

Y, colocándose en el sitio del marqués, escribió :

« Si es cierto que nos conserva vm. siempre la amistad que decia tener, no difiera vm. su vuelta á una casa en que su dueño lo desea con el mayor ardor... Ven- ga vm. á ver á su hijo... venga vm. á go- zar de su dicha y de la mia. Mi hijo aprende- rá de vm., así lo espero, y *aun lo supon- go*, todas las virtudes de su padre, y hasta qué grado lleva su noble corazon el rendi- miento... *Estoy cierta*, Don Luis, que su

vuelta de vm. nos traerá la paz y la alegría... Vuelva vm. pues, yo se lo suplico. . yo lo ansio ; y si me fuera permitido servir me de una expresion mas ejecutativa, le diria que *yo se lo ordeno.* »

—¿Estás contento? dijo la marquesa á su marido al presentarle la carta... Lee y ve, si yo apetezco tan ardientemente la ausencia de tu amigo.

—¡Qué buena eres! dijo Don Fernando despues de haber leído esta carta. ; Cuánto te agradezco el que seas asi entre Don Luis y yo una cadena que debe estrechar nuestra union! Este dia, añadió con las lágrimas en los ojos, este dia es uno de los mas hermosos de mi vida.

El marqués hizo salir una hora despues de esta conversacion á un hombre á caballo

que debia llevar esta carta y volver con la respuesta, que no se hizo esperar.

« He sufrido mucho lejos de tí, Fernando; estás pues bastante vengado si te he hecho sufrir tambien á tí. Sé indulgente como debe serlo un verdadero amigo... Aun no puedo explicarme acerca de la verdadera causa de mi partida... Seate suficiente el saber que no podia obrar de otra manera... Perdóname, te ruego, y compadéceme. Bien pronto me hallaré de vuelta en Almeria... Hubiera ya partido si las consecuencias de una herida bastante grave no me retuviesen aun aquí algunos dias. Me asustan hablándome de una especie de fiebre maligna que reina, segun dicen en Mantua. ¡Ayer todavía no solo no la temia, sino que la deseaba!.. hoy ya no quiero morir. ¡A Dios, Fernando! bendigo á tu hijo.

« No respondo á la marquesa ; pero es madre... esta palabra dirigida á su hijo equivale á una respuesta. »

La lectura de esta carta conmovió vivamente á Clara : veia por fortuna un gran cambio en los afectos de Don Luis. Aquella bendicion dada á su hijo era sobre todo un empeño que le parecia sagrado.

— ¡O Dios mio ! dijo levantando las manos al Cielo y arrodillándose en su oracion de la noche, sed mi salvador en la lucha que me espera, sed mi tutelar ! ¡O Dios mio, salvadme !

La desdichada veia su porvenir.

La época del bautismo del nuevo conde de Benavente fué una fiesta espléndida que duró muchos dias en la ciudad de Granada y en toda la Vega. Las posesiones del

marqués eran inmensas, y su poder se extendia casi desde Almeria hasta Loja. Sus vasallos lo amaban porque era bueno, y adoraban á la marquesa. Cada dia se ofrecia una nueva fiesta, hasta que se dió fin con una corrida de *cañas*.

Es esta una clase de juego caballeresco introducido en España por los Moros, y conservado por las Maestranzas. El juego de *cañas* es corrida en que se combate en traje de caballero, y hay en él un mantenedor. La España ha conservado mucho mas tiempo que los demás paises esta graciosa lozania de la juventud caballeresca. Se conservaba todavia en 1802 esta confianza en la valentia castellana, cuando, en los dias gloriosos de la España, era la reina del mundo. A los demás causaba risa, á mí, admiracion. Hay en este senti-

miento una nobleza de corazón mas bien que de origen que me encantaba. Ese orgullo estaba fundado en una sucesion de dias que solo existian en la memoria; pero para apreciarlos á su justo valor, es necesario tener alma y corazón.

No veia yo pues nada de ridículo en esa bravura que hacia arrostrar la muerte á los nobles españoles en las corridas de toros. Esta costumbre, que ya no se seguia en la época de que hablo, sino *en las fiestas reales*, estaba aun algun tanto en uso en varias provincias de España antes de la guerra de los Franceses. El marqués de Benavente quiso dar una fiesta á los habitantes de Granada que habian sido tan buenos para él y tan solícitos para la marquesa. Hizo pues saber que el 15 de junio daria una corrida de cañas, á todos los que quisiesen venir á

romper una lanza con él, resuelto él mismo á ser el mantenedor. Se podria combatir con la visera calada, ó levantada, conforme le acomodase á cada uno, y el marqués proponia esta cuestion y se preparaba á sostenerla contra todos: *Un marido amado es mas feliz que un amante querido.*

Dispúsose la liza en la misma Alhambra, en el patio de los *Aljibes*.

El *mesuar* ó primer recinto fué igualmente parte de ella, y todo se arregló como en tiempo de los Zegries y los Abencerages, existiendo aun en el patio de los Leones las dos galerías circulares que servian probablemente en otro tiempo para recibir la corte del rey moro. El marqués destinó una suma inmensa para hacer los preparativos y ponerlo todo en orden, á fin de que la fiesta fuese admirable y única en

su especie. La marquesa habia de dar el premio, que consistia en una espada con el puño guarnecido de diamantes, y sobre el pomo un esmalte ejecutado con primor que representaba el retrato de Doña Clara. Su adorno deslumbraba y era del gusto mas exquisito. Su vestido de gasa de plata sobre un viso de raso blanco, estaba ceñido al brazo, á la garganta y al talle con broches de zafiro guarnecidos de diamantes; su collar, y los broches para sostener sus negros cabellos, levantados sobre la cabeza con un peine de zafiro y de diamantes, eran de las mismas piedras. Ataviada de este modo no solo estaba hermosa sino encantadora; el marqués la miraba y sentia palpitar su corazon, como si fuese á combatir para obtenerla.

La fiesta comenzó á cosa de medio dia,

habiendo corrido sobre la liza un toldo de seda encarnada, porque el sol era insoponible. A pesar del calor y de la fatiga, el marqués salió constantemente vencedor, con tal fuerza y destreza que hacia doblar la rodilla á cuantos intentaban resistirle. Desde medio dia habia roto quince *cañas*, y sentado en un cojin á los pies de Doña Clara, descansaba esperando que llegase otro nuevo adversario, cuando la trompeta del campo anunció á unos combatientes, que con visera calada pedian seguridad para sus personas y permiso para permanecer encubiertos. El marqués hizo responderles por medio de los jueces del campo : que habia allí una absoluta libertad, y que, si los recién llegados hubiesen tenido conocimiento de las leyes de la corrida, hubieran sabido que el marqués combatia

con visera cubierta ó descubierta á eleccion de su adversario.

Todo esto se decia con grande seriedad y de una manera caballeresca, que en efecto recordaba los tiempos del rey Boabdil, los Zegries y la reina Zoraida. Los cimientos de la *reina sultana* permanecen todavía en el Generalife, y despues de haber resguardado con su sombra á la musulmana adultera, pueden prestar aun el mismo amparo á amores de los cristianos. No hay un recuerdo que no haga palpitar en la Alhambra y en el Generalife. Recorriendo aquellas salas desiertas ¡qué interés no se experimenta al sentarse en la galería que sirvió de prision á la reina Zoraida! La reja á que estuvieron atadas sus hermosas manos y que regó sin duda con sus lágrimas, se conserva todavía en medio de una peque-

ña galería que está en la torre de Comares... Se ve tambien allí el gabinete de sus baños; aquel pilon de marmol en que se depositaban los perfumes que embalsamaban el aposento despues de haber envuelto á la sultana en su humo azulado y fragante. Todo, todo se ve en el mismo estado; no falta mas que el toldo de seda que la preservaba del sol, porque aun están allí los anillos con que lo sugetaban. En las habitaciones exteriores, en los patios, en el *Mesuar*, en el patio de los Algives, en el de los Leones, en todas partes se descubren vestigios de una fiesta celebrada el dia anterior. La sala de *Comares*, aquella sala que veia á los caballeros de Boabdil acoger á los cristianos para darles una zambra antes del torneo y de la batalla—aquella sala brilla todavía con sus florones de marmol blanco,

sus delicadas margaritas, sus versículos del Alcorán, pasages de las mas hermosas *suras*, que están siempre allí como monumentos que anuncian la presencia de los Moros en Granada. Recorramos la Europa, consultemos en todas partes las antiguas reminiscencias; en todas partes responden; pero en ninguna parte hablan con una voz mas imponente, para decir cuan pequeños y mezquinos somos en el arreglo de nuestras fiestas y de nuestros palacios, que la de aquellos mármoles, de aquellas esculturas, de aquellos surtideros, de aquellos muros cubiertos de oro y azul, de aquellas palabras señaladas por donde quiera, y que recuerdan el amor, lo mandan y lo inspiran. ¡ La Alhambra! ¡ La Alhambra es el paraiso prometido de Dios!

El dia de esta fiesta, el antiguo palacio

morisco exhalaba un aroma oriental que le volvía todos sus hechizos. El marqués, como he dicho, había sacrificado á su justa mas de treinta mil pesos, y la ciudad de Granada queriendo manifestar su cortesania, había dado igualmente una suma muy fuerte, á fin de que la fiesta tuviese todo el aparato que la debía rodear, como en los dias de Boabdil, ó de Abderamen, cuando era en Córdoba á un tiempo el mas magnífico, el mas valiente y el mas hermoso de los soberanos.

Los caballeros que llegaban para disputar de nuevo el premio al marqués de Benavente, parecia que estaban perfectamente en el espíritu del papel que iban á representar; eran siete, armados de punta en blanco con la severidad de estilo, y sus escuderos estaban igualmente con la mayor firmeza.

Los dos primeros que combatieron fueron vencidos tan pronto como se presentaron. El tercero que los reemplazó tenía un continente muy notable. Saludó á la marquesa, y antes de comenzar haciendo el saludo al marqués, se adelantó hácia Doña Clara, hasta el pie de la gradería en que estaba sentada, y adonde se subia por algunos escalones. Cuando llegó á la gradería el desconocido, pareció que queria saltarla; pero algun pensamiento lo retuvo aparentemente, y se contentó con permanecer delante de Doña Clara, sin siquiera saludarla. En seguida le hizo una profunda reverencia, y volviéndose con viveza hácia el marqués, lo atacó al instante con una especie de furia que sorprendió á todos los espectadores. Don Fernando, fatigado ya con lucha tan repetida desde por la maña-

na, sostuvo con trabajo un ataque tan vivo, y no pudo dejar de sorprenderse, al ver un encono que anunciaba verdadera cólera, y la voluntad de vencer con tal violencia que el marqués se convenció de que aquel hombre hubiera deseado acabar con él, si hubiesen peleado con armas que no hubieran sido corteses. El desconocido, cerrando siempre con la fuerza y superioridad que le daban la fatiga del marqués, y la sorpresa del ataque, se vió al punto vencedor de Don Fernando; lo derribó con mucha violencia, y el marqués rodó por el circo en donde se mancharon su armadura y sus vestidos de tal modo que no quedó en estado de volver á presentarse. El vencedor lo miró con una cólera que se podía adivinar por el movimiento de la cabeza; ni aun le dió la mano para levantarse, y marchando con

arrogancia, hasta la gradería de la marquesa, la saltó con rapidez y poniéndose de rodillas, fué vencido á su turno por una emoción tan viva, que su cabeza cayó sobre las manos de la marquesa, cuando ella le puso la banda de que estaba pendiente la magnífica espada, premio del combate. Con un movimiento rápido levantó el desconocido la visera, y Doña Clara reconoció á Don Luis.

— ¡ Desdichado ! le dijo ella.

— No me diga vm. nada... yo venía decidido á ser bueno !.. ¡ pero vea vm. !

Y con una mirada le mostró el pendon en que el marqués habia hecho fijar el desafio dirigido á cuantos se presentaren.

« *Un marido amado es mas feliz que un amante querido.* »

Bajó al momento la visera, besó la mano

de Doña Clara, y descendiendo precipitadamente los escalones de la gradería, se reunió á sus compañeros. Todos montaron á caballo y se alejaron á escape de la fortaleza árabe, dejando á todos los testigos de esta aventura con el mayor asombro.

El marqués se arrimó á la marquesa con ceño tétrico y le preguntó bruscamente :

— ¿Qué le ha dicho á vm. ese hombre, señora?

Doña Clara perdió el color y no respondió.

— ¿Qué le ha dicho á vm. ese hombre? repitió el marqués con voz trémula de rabia.

— Ese hombre no me ha hablado, dijo por fin la marquesa.

— ¡Miente vm.!.. Ese hombre estaba de

acuerdo con vm.!... Pero vm. *y él* me darán cuenta de esta injuria... ¡O Don Luis! ¡ó hermano mio! ¿en dónde estás ahora?

Doña Clara se sentia morir, temiendo que el primer encuentro de los dos primos fuese terrible. Parecia que Don Luis era todavía víctima de su funesta pasion... Clara habia sentido quemársele las manos con el contacto de sus labios; su voz estaba siempre impregnada de aquel amor que no se puede ocultar cuando no puede desplegarse. Aquella infeliz lo conocia y se estremecia, porque consultando su corazon, preveia un terrible desenlace.

Lo restante de la fiesta fué triste y lánguido : el misterio de aquella especie de aparicion en medio del júbilo general dió á aquel dia una fisionomía diferente. Don Fernando estaba pesaroso, y todo anuncia-

ba á la marquesa que la escena que la esperaba á solas seria borrascosa. Le hablaba tambien en el fondo de su corazon una voz secreta que le revelaba un oculto misterio, y como no dudaba de su existencia, se llenaba de horror su alma hasta entonces pura y cándida, viendo el crimen ó la desgracia, y quizá uno y otro, y retrocediendo ante la posibilidad de incurrir en una falta que no alcanzaba sin embargo á comprender.

La fiesta debia continuar en el palacio mismo de la Alhambra. He dicho que el marqués lo habia dispuesto todo, á fin de que la torre de Comares recordase los hermosos dias de la corte de Boabdil: así la soberbia sala de las fiestas reales habia sido adornada por el estilo morisco, y los florones de marmol, las elegantes margaritas

esculpidas con tanta delicadeza, reprodujeron su antigua gloria, porque todo se puso en orden admirable al uso del tiempo. Cojines de brocado cubrían las losas y los escaños de marmol; ligeras cortinillas de gasa de plata tramadas con seda, flotaban en las ventanas cimbradas y en las puertas en forma de arco, unas y otras rodeadas de leyendas del Alcoran perfectamente conservadas: los arabescos de oro y azul brillaban reflejando los fuegos de mil blandones perfumados... todo en fin recordaba lo que se nos cuenta de las fiestas de los califas en los dias de su poder en Bagdad, patria de los cuentos, y en Damasco, pais de los jardines deliciosos. Por todas partes empapaban el aire los perfumes, y una música formada de tiorbas, guitarras, y voces que cantaban, completaban su embeleso.

Doña Clara empero, reina de la fiesta, solo tomaba en ella una parte inactiva; se dejaba arrastrar por un delirio cuya magia no acertaba á explicarse á sí misma, y que la hacia feliz sin revelarle una dicha positiva. Sus miradas vagaban errantes entre las mugeres gozosas y ataviadas que recorrían el antiguo palacio cuyos ángulos iluminados no dejaban lugar aquella noche á los temores ordinarios de los Granadinos, temores que les impiden el recorrer la Alhambra y el Generalife despues de puesto el sol; porque entonces, si una joven incauta ha dado una cita á su amante junto á la torre de los siete pisos ó la torre bermeja, se le presenta en lugar del que iba á buscar, un caballo sin cabeza, una compañía de soldados moros ó bien dos ó tres monstruos prontos á devorarla. Es imposi-

ble dudar de la verdad del hecho, porque muchas personas en Granada *han visto* semejantes prodigios. El patio de los Leones está todavía mas encantado que la torre de Comares. Allí están los Abencerrages lamentándose de haber sido degollados, y pidiendo venganza á grandes gritos : el cura de la Alhambra ruega por ellos y rocia con agua bendita la sala en que rodaron sus cabezas. Entonces se perciben murmullos, una confusion de gritos y voces, las sombras de las víctimas tributan gracias al hombre de Dios, y se restablece la calma por algunos meses. Pero jamás ha pasado un año la Alhambra en un completo reposo, y pocas veces sucede que el cura, cuyo cuarto está tocando á la sala de los Abencerrages, pase las noches sin sustos y horrores.

Doña Clara se sonreía al escuchar estos cuentos y recorría con lentitud las deliciosas habitaciones de la Alhambra. Le servía de guía Don Luis Serrano uno de los *arabomanos* mas instruidos de Granada, cuyas observaciones abstractas escuchaba atentamente. Tenia el buen sabio cierta especie de *coquetería* con su Alhambra, y deseaba que un rayo científico iluminase sus ruinas y les volviese la elegancia, á despecho del olvido y del moho que comenzaba á cubrir las columnas de la alcova de la voluptuosa sultana y la tina de sus baños. De repente Doña Clara dió un grito de sorpresa. Despues de haber recorrido algunos rincones sombríos acababa de entrar en un lugar de delicias y de encantamientos : se hallaba en un gabinete de ocho pies cuadrados, abierto por todas partes y rodeado de un corredor de

tres pies de ancho cubierto de flores, donde habian colocado un pequeño espejo con una bugía, para recordar la fiesta de las flores que se celebra con gran pompa en lo interior de los serrallos de Oriente. Al rededor del recinto del gabinete y de la galería que lo rodea por la parte exterior, se descubrian fajas anchas de marmol con manchas rojas, al paso que el techo del corredor estaba sostenido por pequeñas columnas de marmol blanco, á que se habian acomodado anchas colgaduras flotantes de gasa de plata que amortiguaban la luz resplandeciente de la iluminacion exterior. En uno de los ángulos de este gabinete, se veia una ancha piedra de marmol horadada con muchos agujeros, de donde se exhalaban nubes azuladas de los mas deliciosos perfumes. Se percibia en el aire que se

respiraba en aquel lugar encantado un deleite seductor. Doña Clara se dejó caer en un sofá... Allí, entregándose á la ilusion que se apoderaba de ella, llegó á olvidar el ruido lejano de la fiesta, y al momento se halló aislada del mundo. El literato que le hablaba no hizo llegar á su oido sino sonidos confusos, que se apagaron por sí mismos en una vaga contemplacion. Satisfecho con hablar no se apercibió de que la marquesa no lo escuchaba, y continuó sus disertaciones. Pero la joven, arrebatada á un mundo que no conocia y que le habia sido, por decirlo así, puesto de manifiesto aquel mismo dia, andaba errante por una region encantada, en donde su corazon palpitaba con una celeridad casi dolorosa, mas en que al punto percibia una dicha desconocida, manantial fecundo de una

fruicion á que se abandonaba con delicia. Este estado era tan nuevo para ella que, en su aturdimiento, no pensó en recelarse de él, y no hizo ningun esfuerzo para preguntar á su alma tan viva y voluptuosamente agitada : si era un sueño el recuerdo de lo que habia pasado en el juego de cañas ¡Don Luis en Granada!

— ¡Oh! dijo al cabo entre sí, y ¿en qué vendrá á parar todo esto?

Se levantó y se fué poco á poco hácia el corredor. Cuando estuvo junto á una de sus ligeras columnas, descorrió la colgadura de gasa de plata y miró á lo lejos la campiña para admirar el mas bello espectáculo que puede ofrecer la naturaleza en Europa, es decir : una deliciosa noche en la vega de Granada. Embargada ya por el olor de las flores y de los perfumes que ardian á su alrededor,

completó la marquesa su enagenamiento mirando el magnífico cuadro que se le presentaba á la vista. Desde aquel mirador se descubre todo el valle de Granada; alrededor de la fortaleza serpentea el Darro cuyas aguas brillantes se parecian, con la claridad de la luna, á una plancha de plata que rodeaba las carcomidas murallas árabes. Levantó los ojos, y vió una parte de la ciudad, las montañas verdes y floridas que la dominan y la pintoresca colina que le sirve como de asiento. ¡Todo era fragancia, luz agradable, todo hechizo en aquella noche de delicias! Clara no pudo resistir la impresion que la dominaba, reclinó la cabeza sobre su mano, que no teniendo ya fuerzas para sostener la colgadura, la dejó flotar sobre ella misma, y quedó del todo oculta entre los ligeros pliegues de la cortina.

Cubierta así Doña Clara se sonrió al recordar la fuga involuntaria que la separaba de la fiesta; se encontraba feliz, y sin embargo no podía decir por que. ¿Qué tengo yo pues? se decía; ¿Por qué lloro? ¿Qué es lo que siento?... ¿Es placer ó pena? Sufro, y sin embargo no siento disgusto. La candorosa joven creía tener en sus pocos años un preservativo contra el dolor; ¡ como si un corazón de diez y seis años no supiese sufrir!.. ¡ como si la juventud no ofreciese sino contento y risa! ¡ Pobre Clara! Antes de mucho debía saber que sus ojos tenían lágrimas que le adelantarian la edad de los pesares.

Continuaba disfrutando el embeleso de su contemplacion solitaria, cuando un ligero ruido junto á ella la hizo estremecer. Hacia una hora que habia comenzado el

baile de máscaras; como señora de la casa, no se habia puesto máscara, y andaba por la fiesta con un traje morisco, pero con la cara descubierta. Asi es que no extrañó ver junto á sí una máscara vestida de dómينو y la cara tapada. Sin embargo mirando á su alrededor y viéndose sola, se asustó, levantó el cortinaje, miró al gabinete y lo vió desierto. Don Luis Serrano creyendo que la marquesa habia marchado, se habia ido tambien. Clara hizo entonces un movimiento para salir, porque el silencio de la máscara la atemorizaba. De repente le tomó esta la mano: no habló, pero en la presion de aquella mano abrasadora, y el fuego que despedian sus ojos por entre las aberturas de la máscara reconoció la marquesa á Don Luis.

El era, no habia duda.

Pero no tenia ya la furia que en la *Peña de los Enamorados*; no lo dominaba la violencia de por la mañana; estaba allí docil y temblando, rendido á su emocion y sin poder hablar á la muger que era árbitra de su vida.

Ni aun le preguntó Clara si era él.

— ¡Desdichado! le dijo con voz trémula, ¿qué hace vm. oculto en un sitio en que se ansia tanto su presencia por un amigo, por un hermano?

Don Luis hizo un movimiento, pero se contuvo y guardó silencio. Clara tambien calló; no sabia qué decir á este hombre, que la amaba con una pasion tan viva, y trastornaba todos sus afectos primeros y santos con una de sus miradas. La palabra de un amor semejante envuelve en si una seduccion mágica que obliga á res-

ponderle; y, cualquiera que sea la resolución de un alma virtuosa, acaba siendo flaca delante de un hombre que le dice :

« ¡Tú eres para mí el infierno ó el cielo!.. ¡tu amor es mi vida, y tu odio mi muerte!»

— Clara, le dijo por fin Don Luis, pero con una voz dulce que apenas ella percibía por entre los pliegues de la gasa que la envolvía; ¡Clara! ¡qué desgraciado soy! yo vuelvo aquí *por su orden de vm.* ¿qué me quiere vm. decir?.. ¿me manda vm. morir ó vivir?

— Es vm. un insensato, respondió Clara enteramente turbada al escuchar aquella voz tan dulce que temblaba de emoción. Yo no puedo responder á vm. : soy ya culpable solo con escucharlo... Venga vm.

junto á Don Fernando,.. que lo espera á vm. ¿Qué hacemos aquí?

— Clara, le dijo Don Luis, sujetando su mano, escúcheme vm. He obedecido á vm.... He vuelto á esta casa que habia marcado con sello de maldicion; ¡y con todo..!

Pareció que queria contenerse y se detuvo; mas despues prosiguió.

— Vm. ha mudado mi índole: yo era bueno en otro tiempo; ahora soy malo,.. aborrezco al que debo querer, y amo.. ¡á quien no debiera amar! ¡Oh! qué desgraciado soy!..

¡Clara, tenga vm. compasion de mí!

Estaba de rodillas, lloraba, y sus lágrimas bañaban de fuego las manos de Clara que no tenia bastante fuerza para rechazarlo.

— ¡Cuántas veces de dos meses á esta parte he venido á estas salas desiertas, recreándome con los recuerdos de nuestros paseos! prosiguió Don Luis despues de un largo silencio. Me sentaba en los mismos sitios en donde vm. habia descansado : no hay una sola piedra en la Alhambra que no sea sagrada para mí ; desde que su pie de vm. la ha pisado, la conocen mis ojos , es para mí como un talisman. El otro dia, pasé bastantes horas sentado al pie de los cipreses de la reina sultana... ; Vm. gustaba de su sombra poética que recuerda amores desgraciados! Yo tambien me complacia en pensar allí en vm. ; me parecia que vm. podria amarme algun dia acaso!.. ¡qué insensato era!.. ¡ Oh! ahora lo veo demasiado bien , ¡ vm. no me amará jamás!!.. Pues bien, dígamelo vm. Clara...

¡ diga vm. que no me amaré jamás!.... Pronto nos vamos á hallar bajo un mismo techo... bajo el mismo abrigo... mi jornada acabará con la de vm... volveré á encontrar aquella vida de delicias que me ha perdido... ¡ aquella dicha que he podido creer mia!.. ¡ O Clara!.. diga vm. una palabra... diga vm. que no me amaré jamás... tengo necesidad de preservarme así de la seducción en el momento en que vm. misma me la presenta ; porque vm. es seductora, sí ; y vm. me ha llamado.

— ¿Yo? exclamó la marquesa.

— ¡ Cree vm. pues, prosiguió Don Luis con expresión desdeñosa, que hubiera yo vuelto por orden de Don Fernando? ¡ Don Fernando! El marqués de Benavente puede darlas á sus vasallos... Pero Don

Luis de Benavente, que tiene el mismo nombre que él, no las recibe sino de su rey... y de la que ama... ¡Don Fernando!... Ah!... Don Luis se estremecía de rabia, como si algun espantoso fantasma se le hubiese presentado delante. Se levantó, y apoyándose sobre la balaustrada dorada que juntaba las pequeñas columnas, miró á lo lejos la vega; despues echando atras su capucha, descubrió su frente enardecida para que el aire fresco de la noche le diese algun alivio. Su mirada tenia una expresion que hizo temblar á Clara. No se traslucia en ella el amor; la venganza y la sangre era lo que excitaban al mismo tiempo sus ojos inflamados y su mano trémula que acariciaba su puñal.

— En la nueva vida que va á comenzar para nosotros, prosiguió Don Luis, es necesario prevenir á vm., es necesario que

vm. sepa que su voz, al pronunciar el nombre de Don Fernando trastorna mis sentidos y turba mi razon. Si vm. lo dice con amor... cuidado con su vida, Clara, cuidado... Vm. me ha llamado... acepte vm. mi vuelta con todas las consecuencias de mi pasion... ¡Yo la habia abandonado á vm.!.. me habia alejado... habia hecho lo que debe hacer un hombre virtuoso... pero ¡vm. ha resuelto mi pérdida... vm. ha hecho lo que yo mismo no me hubiera atrevido á intentar en el delirio de mi pasion; ¡vm. me ha atraido junto á sí!.. pues bien, la suerte está echada... ¡que se cumpla mi destino!.. pero, piénselo vm. bien, Clara, el de Don Fernando depende de vm.

Clara lloraba.

— ¿A qué fin esas lágrimas? dijo Don Luis : ¿ se ha figurado vm. que yo me hu-

biese curado de mi fatal pasion?... ¡Ah! cuando almas como la mia aman una vez, si, cuando aman como yo la amo á vm., Clara,... el amor no acaba sino en la tumba... ¡es necesario morir para curarse!...

— ¡Dios mio! exclamó Clara alzando las manos al cielo, ¡Dios mio, tened compasion de él!...

— Sí, Clara, ruegue vm. por mí... ruegue vm. por el pobre insensato... por el infeliz harto privado de razon para amar á una muger sin piedad... que ni aun quiere ser amiga del que muere por ella... ¡Ah! sí; vm. debè en efecto rogar por mí é implorar la clemencia de Dios...

Al mismo tiempo se reia con la amargura que acompaña la risa de los enagenados. Clara hizo un movimiento: él lo percibió.

— Le causo á vm. miedo ¿no es verdad? ¡Oh! no huya vm. de mí! ¡no me tenga vm. miedo! ¿Qué puedo yo hacerle á vm.?.. Una mirada me impone ó me manda... ¡una palabra me hace caer á sus pies!.. ¿qué exige vm. de mí?

— ¡Ah! dijo la marquesa llorando ¿qué sé yo misma?.. ¡O Don Luis! ¡Don Luis!.. ¿por qué ha venido vm.?

— ¡Clara! exclamó Don Luis.

Entonces se sintieron pasos en la pieza vecina : aunque la marcha era precipitada, no se oia mas que la de una sola persona. La marquesa perdió el color.

— Es Don Fernando, dijo sintiéndose desfallecer.

Don Luis la compadeció.

— No tenga vm. ningun temor, dijo ; vm. ha pronunciado una palabra que le so-

mete mi razon. Apretó su mano con sus labios, y saltando con ligereza por encima de la balaustrada de la galería, escaló las rocas sobre las cuales está construida la fortaleza árabe, y que en aquel parage sobre todo son tan escarpadas que parecen inaccesibles. Clara dejó escapar un grito sofocado, y juntando las manos, se puso á orar. En aquel momento entró el marqués en el mirador, y no viéndola, prorumpió en una imprecacion.

— ¿En donde puede estar? dijo por fin.

Y acercándose al corredor, levantó la cortina detrás de la cual estaba la marquesa.

— Por Dios y todos los santos, le dijo, ¿yo quisiera saber, señora, que es lo que hace vm. aquí? ¿qué significa este aislamiento? ¿este abandono de la fiesta que vm. tiene encargo de presidir?.. Clara, su con-

ducta de vm. es hoy bastante vituperable, y debe someterse á una informacion severa... Vm. no estaba aquí sola,.. ¡responda vm.!

Clara era cándida y pura; le repugnaba el mentir, sin embargo no podia hablar, y guardó silencio.

— ¿Quiere vm. responderme? le repitió su marido arrimándose á ella y cerrándole la mano con una violencia espantosa.

Clara continuaba callando.

— Clara, prosiguió Don Fernando, ¿sabe vm. el castigo que merece una conducta semejante?..

— Lo sé, respondió en voz baja la desgraciada esposa.

— ¿Conoce vm. la pena que se puede imponer á una muger que falta, como vm., á su deber?

— ¡Yo no soy culpable, señor marqués! dijo al punto Doña Clara enderezando con dignidad su cabeza inclinada con el peso de un dolor demasiado fuerte para su alma tierna; no soy culpable, y vm. mismo no ha debido sospecharlo de su esposa... ¡de la madre de su hijo!

— ¡Extraña criatura! dijo el marqués despues de haberla contemplado con pasmo y admiracion; porque en aquel momento estaba en efecto divina. Pero ¿por qué no hablar? ¿por qué ese misterio?... ¿por qué?... ¿vm. no estaba aquí sola en este momento?... ¡Eh.. ¡ mire vm.!

El marqués, agarrando el brazo de Doña Clara la precisó á volverse hácia el lado de la campiña y extender la vista por ella. Un hombre vestido de negro y cuyo dominó iba flotando, acababa de atravesar el Darro por

un sitio vadeable y volvía hácia su izquierda para subir otra vez al palacio. La luna y la iluminacion exterior alumbraban su marcha, pero lo ofrecian á la vista del marqués, sin dejarle ver su rostro, porque el desconocido se habia puesto la careta.

— En fin, exclamó Don Fernando, voy á saber el nombre del misterioso amigo de vm., señora; quiero ir yo mismo á recibirle á la puerta de la Alhambra... Acaso la mano que está sobre el umbral no le servirá de talisman para impedirle la entrada.

— ¡Don Fernando, exclamó Clara poniéndose de rodillas, Don Fernando, escúchame!... ese secreto no es mio... ¡escúchame!... yo no soy culpable... Crealo... ¡Oh! no, Dios mio, yo no soy culpable... pero tú lo debes creer. Y sin embargo... ¡O Dios mio! Dios mio!

— ¡Déjeme vm., dijo el marqués... déjeme vm.!... é hizo un movimiento violento para desasirse de los brazos de su muger que lo retenia con fuerza.

— ¡No, le dijo Doña Clara, no irás á esa puerta!... ¡no irás sino pasando sobre mi cadaver! Don Fernando, Don Fernando, ¿no me crees cuando te digo que no soy culpable? ¡Oh! ¿no reconoces el acento de la verdad?.. ¡Dios mio! ¿qué es necesario hacer?

El marqués se detuvo á vista de aquella desesperacion que lo sorprendió, porque creia que alguno enamoraba á la marquesa, pero no que ella le correspondiese: este pensamiento no habia hallado cabida en su corazon. Al ver su agitacion y aquel temor delirante, concibió por primera vez una duda horrible. Hasta entonces ha-

bia experimentado esa vaga incertidumbre que ciertamente hace sufrir, cuando se ama, pero que no es la muerte, como sucede cuando se presenta con su cruel desnudez. Don Fernando perdió el color ante el espectro que se alzaba entre él y su dicha; creyó que le faltaba la vida al solo pensar que Clara podía dejar de amarlo: un solo minuto bastó para presentarle todas las desgracias que iban á suceder á tantos dias felices. ¿Amara Clara á otro hombre? Con solo esta idea se ponía una nube sobre sus ojos, se estremecía y salían de sus labios palabras de muerte. Una mirada dirigida hácia la campiña le hizo divisar la fantasma negra que llegaba cerca de la puerta grande de la fortaleza. Dándose priesa, debía alcanzarla en el patio de los Mirtos: allí era necesario que se descu-

briese, que dijese quien era, y entonces ¡oh! entonces su daga le daría una hospitalidad, de que su boca no podría jamás dar testimonio. Don Fernando rechazó entonces á Doña Clara con tanta fuerza, que fué á caer contra una de las columnas de mármol y se dió un fuerte golpe en la cabeza; pero se levantó inmediatamente, y colocándose delante del marqués cuyo rostro trastornado estaba espantoso, lo retuvo con su mano que en aquel momento tenía la fuerza de la de un hombre de los mas robustos.

— Don Fernando, le dijo, yo te empeño mi palabra de decirte el nombre que deseas saber de mí, antes de la hora de la primera *Ave Maria*; pero dámela tú de no provocar esta noche un escándalo que perdería á la madre de tu hijo y á la muger

que tiene tu nombre. Yo te juro aquí en presencia de los astros que publican el poder de Dios, en presencia de mi criador y redentor, por la virgen María y por la santa de mi nombre, que soy pura y digna de tí... ¿Me crees, Fernando?

Su hermosura era entonces verdaderamente angelical. Sus ojos levantados al cielo, sus manos juntas y alzadas hácia Dios, como para pedirle su asistencia, todo era admirable en ella en aquel momento solemne. Don Fernando no pudo resistirle; aunque no le respondió por de pronto, la estuvo mirando largo tiempo, y parecia que ya no luchaba consigo mismo, sino que se penetraba de una conviccion formada de antemano, y que volvia á recobrar su vigor despues de un momento de extravío.

— Sí; te creo, dijo por fin á Doña

Clara. Fuera de que ¿cómo podría dejar de creerte? Es necesario que tú me ames, Clara mia, ó me es indispensable morir, no lo dudes. ¡Yo te amaba cuando te obtuve de tu padre!.. ¡A lo menos creia amarte! aquel amor que yo creia tan violento... tan completo... ¡no era nada!.. necesitaba aprender lo que era el amor puro... ¡una pasion del alma!.. ¡Yo que siempre me habia burlado del amor!.. yo que siempre habia creido que no se amaba sino por un goce, he aprendido junto á tí que todo se convertia en goce cuando el alma y el corazon se unian en sus agitaciones é impresiones, he disfrutado goces sublimes en tu mirada, en tu sonrisa... ¡O Clara mia!.. como te amo!.. y tú, ¿me amas?

— ¡Qué pregunta! le responde su amante esposa, mirándolo con ojos de ter-

nura cubiertos enteramente de lágrimas, y enlazándole el cuello con sus blancos brazos : yo te amo... prosiguió; pero ten confianza en mí... lo merezco... creeme, Fernando... merezco no solamente tu confianza sino tu aprecio.

El marqués la retuvo entre sus brazos, y la estrechó contra su pecho. Todo era soledad al rededor de los esposos; el ruido lejano de la fiesta llegaba apenas á aquel sitio retirado que no habia sido iluminado sino para que pudiera verlo la marquesa. Allí estaba sola con el que tenia un derecho absoluto sobre ella; sin embargo teniéndola en sus brazos, temia él que lo viesen darle un beso, y esa preocupacion del mundo, que hace avergonzarse á la elegancia y al buen tono de su propia felicidad, turbaba la suya hasta en la soledad de una fiesta, cuando

alcanzaba la dicha de sustraerse al tumulto. Pero Don Fernando amaba demasiado para que semejante traba lo contuviese. Miraba á Clara, y la veía atractiva por el amor y por las gracias, y mas embeladora todavía cuando se sonreía al través de las lágrimas que corrían sobre sus mejillas.

— ¡Ah! no llores mas, le dijo Don Fernando; tus lágrimas me hacen mal. Además ¿por qué llorar?.. Yo te creo... tú me amas... sí, tú me amas... si te es duro pronunciar el nombre que debes decirme... no lo digas, Clara mia,.. guarda ese secreto, puesto que me dices que no es tuyo... Algun dia me lo revelarás ¿no es así?.. Hoy no hablemos sino de amor... Mírame y dime otra vez, dime á cada instante que me amas... pero que me amas con vehemen-

cia, oh, sí, con vehemencia, ¿no es verdad?

— ¿Pues que se puede amar de otro modo? dijo Clara mirando á Don Fernando con sus grandes ojos negros y cariñosos. En aquel momento pareció tan sorprendente su semejanza con Don Luis, que Clara se inmutó, y ocultó su cabeza en el pecho de Don Fernando con una expresion tan púdica y embelesadora que él no pudo prescindir de llenarla de caricias apasionadas, y bien pronto le puso la frente y mejillas encarnadas con sus labios.

— ¡Hechicera! le dijo por fin. ¡Oh! ¡qué hermosa eres! ¡Clara mia! acércate á mi corazon... Ven á presentarte á esa turba en donde no hay nadie tan feliz como yo... en donde quiero mostrarte esta noche con todo el encanto del amor á esos hom-

bres que esta mañana se han atrevido a luchar conmigo cuando sostenia que un *marido amado era mas feliz que un amante querido*. Que te vean ellos como yo, y que combatan despues.

— Sí; sin duda combatirán todavía, dijo una voz; y como esta mañana, te harán ver que eres un insensato...

— ¡Ah! exclamó el marqués, por este lado es! Y desprendiéndose de los brazos de Doña Clara, se precipitó hácia el corredor por el lado que habia desaparecido Don Luis; pero al mismo instante un gran bulto negro atravesó el mirador por la parte opuesta, y la misma voz dijo en tono mas bajo.

— ¡Clara, su sangre caerá sobre la cabeza de vm.! ya se lo he prevenido á vm.

La figura se perdió en la oscuridad que por aquella parte era profunda.

— ¿Quién ha hablado aquí? dijo el marqués al volver al aposento.

Clara habia caido muerta de terror en el divan.

— Clara, le dijo el marqués tomándole la mano, yo te he jurado confianza y amor.... ¿puedo contar con que esta confianza está bien empleada? Responde sin titubear... Hoy te creo y te confio mi nombre y honor... pero si se renueven los misterios de esta noche ¿qué deberé pensar?..

— Aunque se renueven, dijo Clara, no deberás jamás acusarme... Si fuese tan desgraciada que llegara á serte sospechosa, Don Fernando, yo te empeño aquí mi palabra de arrancarme una vida que para

mi no sería feliz. Hay una muerte cristiana que ofrece seguro amparo á quien se ve envuelto violentamente en la borrasca del mundo, y yo me refugiaré en ella, si rompe sobre mi cabeza la tempestad.

— Clara, exclamó el marqués, Clara, tú deliras.

— No, dijo ella levantándose y temblando de terror; porque junto á ella, detras de un naranjo, al otro lado de la balaustrada, en la parte no iluminada del mirador, acababa de ver los anchos pliegues flotantes de la túnica negra de Don Luis; no, yo temo á Dios... pero es un asilo en donde se halla por fin la paz que los hombres nos niegan... Y volviéndose hácia el lado de la balaustrada y levantando la voz añadió: ¡el claustro!..

El marqués la miró con extrema

sorpresa; su expresion tenia un acento solemne que inspiraba terror. Ambos permanecieron en silencio. Al cabo de algunos instantes, el marqués se levantó, y tomando la mano de Doña Clara,

— Vamos, le dijo, volvamos á la sala de Comares... ¡ Por tí-se da la fiesta, y no te presentas en ella, Clara!

El marqués exhaló un suspiro tan profundo y tan expresivo al mismo tiempo, que Doña Clara se conmovió; tomó su mano, la apretó y poniéndola sobre su corazon, le dijo.

— Fernando, jamás llegará una pena á tu alma por voluntad de la mia... Creeme, te lo prometo de corazon : yo no te engañaré nunca... ¿Me crees?

— Sí, exclamó Fernando; te creo, porque te amo.

Dos dias despues de aquella fiesta que debia formar época en la vida de Doña Clara, por mas resistencia que ella quisiese oponer á la seduccion que la rodeaba, llegó Don Luis á Almeria. Al volverlo á ver, Don Fernando tuvo uno de aquellos momentos de gozo señalados en la vida del hombre; el mismo Don Luis no pudo permanecer indiferente. Amistad tan profunda y tan verdadera no podia hallar una insensibilidad repulsiva, sino en una alma dominada por una pasion, á que la misma amistad servia de obstáculo; pero habia nobleza y generosidad en aquella misma alma que la pasion desnaturalizaba, y estas primeras virtudes aparecian aun algunas veces bajo el yugo que las comprimia. Lloró pues al hallarse de nuevo en los brazos de su primo, y encontrar otra vez las

caricias de aquel amigo que, desde la cuna, lo amaba tan tiernamente.

— Mi hermano, mi idolatrado amigo, le decia Don Fernando oprimiéndolo contra su pecho palpitante, ¿eres tú acaso?... sí... tú eres sin duda... pero ¡como te has demudado!... Clara, miralo... ves que flaco está... Sabes que ya no te equivocarán conmigo, prosiguió sonriéndose... Y despues separaba los cabellos rubios de Don Luis, siendo, por una particularidad poco comun en España, los dos primos rubios.

— ¡Que bien conservas tus hermosos cabellos! Luis... todavía tienes esos rizos dorados que enloquecian á las bellas Parisienses y que llenaban de vanidad á las preferidas... si supieses como lo amaban Clara... si supieses qué feliz era yo y qué

orgullosa estaba con sus triunfos... y dime, ahora...

De repente se acordó de lo que le habia dicho Doña Clara y notó al mismo tiempo en el semblante de Don Luis una expresion casi siniestra. Le apretó la mano y sonó para que le llevasen su hijo.

— Le he puesto tu nombre, Luis, hermano mio, dijo Don Fernando á su primo... ¿cómo le hubiera podido poner otro?... ¡Luis! este es el nombre querido que yo no puedo multiplicar demasiado alrededor de mí... Ahora lo diré dos veces y no una... Despues... escucha, hermano mio, amigo mio... jamás te apartarás de mí, ¿no es verdad? una vez que has vuelto al hogar paterno? porque tú has nacido en Almeria... tu madre reposa aquí con la mia,.. á su lado debemos reposar tambien

nosotros... no vuelvas á dejar á Almeria. Trae una hermana á Clara, seremos felices con tu dicha, ella y yo: ¿no es así Clara? dícelo tú misma, amiga mia; que sepa que la mitad de su alma no se aparta de la suya.

Doña Clara se adelantó hácia Don Luis. Habia reunido cuanta fuerza y valor tenia para esta primera vista. Comprendia demasiado bien, á pesar de ser tan niña, qué terribles consecuencias amenazaban si llegaba á despertar Don Fernando: hasta entonces no le habia ocurrido la triste idea de que algun dia deberia estremecerse por una traicion. Ella lo amaba y contaba con amarle siempre: pero tenia en el fondo de su corazon un presentimiento que la ahogaba, cuando se preguntaba, si en efecto cumpliria con su deber de esposa y de madre. Entonces lloraba y pedia á Dios fuerza

y valor para seguir su camino en este mundo, y servir de guia al desgraciado que perdía su razon y se hacia criminal á pesar de sí mismo y de su virtud.

— Sí, dijo Clara, adelantándose hácia Don Luis y presentándole la mano con una cordialidad que le fué muy grata á Don Fernando, porque creia que su muger, zelosa de su ternura por Don Luis, no amaba á su primo... Sí, tendria á mucha dicha el recibir aquí una hermana que yo amaria. Si Don Luis sigue mis consejos, añadió con una graciosa sonrisa, nos la traerá antes del invierno.

Y, tomándole la mano se la apretó con una expresion que desgraciadamente daba á sus palabras otra interpretacion de la que queria darles. Ella era franca, y Don Luis, á quien su insensata pasion habia perverti-

do, creyó que era aquel un signo de inteligencia. Se inclinó, le besó la mano, y dijo con firmeza y aun con cierta expresion particular.

— Si, sin duda, señora, la mas completa dicha podrá habitar en este castillo antes del invierno; yo haré para que así sea todos mis esfuerzos.

Clara le dió las gracias sonriéndose dulcemente, y el desgraciado tomó su agrado por la confirmacion de sus esperanzas. Así se encaminaba todo á la pérdida de uno y otro.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

